

## **MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 8**

**327.** Pues como Lucifer no conocía la dignidad de Madre de Dios en María santísima, cuando la previno esta persecución, aunque fue terrible como se verá (Cf. infra n. 335-374), con todo eso fue más cruel otra que después padeció sabiendo quién era (Cf. infra p. III n. 452ss). Y si en esta ocasión de que voy hablando entendiera que ella era la que había visto en el cielo vestida del sol y que le había de quebrantar la cabeza, se enfureciera y deshiciera en su rabia, convirtiéndose en rayos de ira. Y si considerándola solamente mujer santa y perfecta se indignaron todos tanto, cierto es que si conocieran su excelencia, hubieran turbado toda la naturaleza, cuanto ellos pudieran para perseguirla y acabar con ella. Pero como el dragón y sus aliados ignoraban, por una parte, el oculto misterio de la divina Señora y, por otra, sentían en ella tan poderosa virtud y la santidad tan extremada, con esta confusión andaban atentando y conjeturando y se preguntaban unos a otros quién sería aquella mujer, contra quien tan flacas reconocían sus fuerzas, y si por ventura era la que entre las criaturas había de tener el preeminente lugar.

**328.** Otros respondían que no era posible ser aquella mujer Madre del Mesías que aguardaban los fieles, porque, a más de tener marido, ella y él eran muy pobres y humildes y poco celebrados en el mundo, y no se manifestaban con milagros y prodigios, ni se dejaban estimar ni temer de los hombres. Y como Lucifer y sus ministros son tan soberbios, no se persuadían que con la grandeza y dignidad de Madre de Dios eran compatibles tan extremado desprecio de sí misma y tan rara humildad; y todo lo que a él le había descontentado tanto, viéndose con menor excelencia, juzgaba que el que era poderoso no lo eligiera para sí. Al fin le engañó su misma arrogancia y desvanecida soberbia, que son los

vicios más tenebrosos para cegar el entendimiento, y precipitar la voluntad. Por esto dijo Salomón (Sab 2, 21) que su propia malicia los había cegado, para que no conocieran que el Verbo eterno había de elegir tales medios para destruir la arrogancia y altivez de este dragón, cuyos pensamientos distaban de los juicios del altísimo Señor más que el cielo dista de la tierra (Is 55, 9); porque juzgaba que Dios bajaría al mundo contra él con grande aparato y ostentación ruidosa, humillando con potencia a los soberbios, a los príncipes y monarcas que el mismo demonio tenía desvanecidos; como se vio en tantos que precedieron a la venida de Cristo nuestro Señor, tan llenos de soberbia y presunción, que parecían haber perdido el seso y el conocimiento de ser mortales y terrenos. Todo esto lo medía Lucifer por su propia cabeza, y le parecía que Dios había de proceder en esta venida como procede él con su furor y condición contra las obras de nuestro Señor.

**329.** Pero Su Majestad, que es sabiduría infinita, lo hizo todo al contrario de lo que juzgó Lucifer, porque vino a vencerle, no con sola su omnipotencia, pero con la humildad, mansedumbre, obediencia y pobreza, que son las armas de su milicia (2 Cor 10, 4), y no con ostentación, fausto y vanidad mundana, que se alimenta con las riquezas de la tierra. Vino disimulado y oculto en el aparato, eligió Madre pobre, y todo lo que el mundo aprecia vino a desestimar y a enseñar la ciencia de la vida con doctrina y con ejemplo; con que se halló el demonio engañado y vencido con los medios que más le oprimen y atormentan.

**330.** Ignorando todos estos misterios, anduvo Lucifer algunos días acechando y reconociendo la condición natural de María santísima, su complexión, compostura, sus inclinaciones y el sosiego de sus acciones, tan iguales y medidas, que era lo que a este enemigo no se le

encubría. Y conociendo que todo esto era tan perfecto y la condición tan dulce y que todo junto era un muro invencible, volvió a consultar a los demonios, proponiéndoles la dificultad que sentía en aquella mujer para tentarla y que era empresa de gran cuidado. Fabricaron todos grandes y diversas máquinas de tentaciones con que acometerla, ayudándose unos a otros en esta demanda. Y de cómo lo ejecutaron hablaré en los capítulos siguientes, y del triunfo glorioso que alcanzó la soberana Princesa de todos estos enemigos y de sus dañados y malignos consejos fraguados con iniquidad.

*Doctrina de la Reina del cielo María santísima.*

**331.** Hija mía, deseóte muy advertida y atenta para que no seas poseída de la ignorancia y tinieblas con que comúnmente están oscurecidos los mortales, olvidando su salud eterna, sin considerar su peligro, por la incesante persecución de los demonios para perderlos. Así duermen, descansan y se olvidan los hombres, como si no tuviesen enemigos fuertes y vigilantes. Este formidable descuido se origina de dos causas: la una, que los hombres están tan entregados a lo terreno, animal (1 Cor 2, 14) y sensible, que no saben sentir otras heridas más de las que tocan al sentido animal; todo lo demás interior no les ofende en su estimación. La otra razón es porque los príncipes de las tinieblas son invisibles y ocultos al sentido (Ef 6, 12), y como los hombres carnales no los tocan, ni los ven, ni sienten, olvídense de temerlos; siendo así que por eso mismo debían de estar más atentos y cuidadosos, porque los enemigos invisibles son más astutos y diestros en ofender a traición, y por eso el peligro es tanto más cierto cuanto es menos manifiesto, y las heridas tanto más mortales cuanto menos sensibles, imperceptibles y menos sentidas.

**332. Oye, hija, las verdades más importantes para la vida verdadera y eterna. Atiende a mis consejos, ejecuta mi doctrina y recibe mis amonestaciones, porque si te dejas con descuido, enmudeceré contigo. Advierte, pues, lo que hasta ahora no has penetrado de la condición de estos enemigos: porque te hago saber que ningún entendimiento, ni lengua de hombres, ni de los ángeles, pueden manifestar la ira (Ap 12, 12) y furiosa saña que Lucifer y sus demonios tienen concebida contra los mortales, porque son imagen del mismo Dios y capaces de gozarle eternamente. Sólo el mismo Señor comprende la iniquidad y maldad de aquel pecho soberbio y rebelado contra su santo nombre y adoración. Y si con su poderoso brazo no tuviera oprimidos a estos enemigos, en un momento destruirían el mundo, y más que leones hambrientos, dragones y fieras despedazarán a todos los hombres y rasgaran sus carnes. Pero el Padre piadosísimo, padre de las misericordias, defiende y enfrena esta ira y guarda entre sus brazos a sus hijuelos para que no caigan en el furor de estos lobos infernales.**

**333. Considera, pues, ahora, con la ponderación que pudieres, si hay dolor tan lamentable como ver tantos hombres oscurecidos y olvidados de tal peligro, y que unos por liviandad, por ligeras causas, por un deleite breve y momentáneo, otros por negligencia y otros por sus apetitos desordenados, se arrojen todos voluntariamente, desde el refugio donde los pone el Altísimo, a las furiosas manos de tan impíos y crueles enemigos; y esto no para que una hora, un día, un mes o un año ejecuten en ellos su furor, sino para que lo hagan eternamente con tormentos indecibles e imponderables. Admírate, hija mía, y teme de ver tan horrenda y formidable estulticia de los mortales impenitentes, y que los fieles, que esto conocen por fe, hayan perdido el seso y los tenga el demonio tan dementados y ciegos en medio de la luz que les administra la fe verdadera y católica que profesan,**

que ni ven ni conocen el peligro, ni saben apartarse de él.

**334.** Y para que tú más le temas y te guardes, advierte que este dragón te reconoce y acecha desde la hora que fuiste criada y saliste al mundo, y noche y día te rodea sin descansar, para aguardar lance en que hacer presa en ti, y observa tus naturales inclinaciones, y aun los beneficios del Señor, para hacerte guerra con tus propias armas. Hace consulta con otros demonios sobre tu ruina y les promete premios a los que más la solicitaren; y para esto pesan tus acciones con grande desvelo y miden tus pasos y todos trabajan en arrojarte lazos y peligros para cada obra y acción que intentas. Todas estas verdades quiero veas en el Señor, donde conocerás a dónde llegan, y mídelas después con la experiencia que tienes, que careándolo entenderás si es razón que duermas entre tantos peligros. Y aunque a todos los nacidos les importa este desvelo, a ti más que a otro ninguno por especiales razones, que aunque no todas te las manifiesto ahora, no por eso dudes de que te conviene vivir vigilantísima y atenta; y basta que conozcas tu natural blando y frágil, de que se aprovecharán contra ti tus enemigos.

## **CAPITULO 27**

*Previene el Señor a María santísima para entrar en la batalla con Lucifer y comienza el dragón a perseguirla.*

**335.** El Verbo eterno, que humanado en el vientre de María Virgen la tenía ya por Madre y conocía los consejos de Lucifer, no sólo con la sabiduría increada en cuanto Dios, pero también con la ciencia criada en cuanto hombre, estaba atento a la defensa de su tabernáculo, más estimable que todo el resto de las otras criaturas. Y para vestir de nueva fortaleza a la invencible

**Señora contra la osadía loca de aquel alevoso dragón y sus cuadrillas, se movió la humanidad santísima y estuvo como en pie en el tabernáculo virginal, como en forma de quien se opone y ocurre a la batalla, indignado contra los príncipes de las tinieblas. En esta postura hizo oración al Padre eterno, pidiéndole renovase sus favores y gracias con su misma Madre, para que fortalecida de nuevo quebrantase la cabeza de la serpiente antigua, para que humillado y oprimido por una mujer quedasen frustrados sus intentos y debilitadas sus fuerzas, y la Reina de las alturas saliese victoriosa y triunfando del infierno, con gloria y alabanza del mismo ser de Dios y de la Madre y Virgen.**

**336. Como lo pidió Cristo Señor nuestro, así lo concedió y decretó la beatísima Trinidad. Y luego por un modo inefable se le manifestó a la Virgen Madre su Hijo santísimo que tenía en su vientre, y en esta visión se le comunicó una abundantísima plenitud de bienes, gracias y dones indecibles, y con nueva sabiduría conoció altísimos misterios y muy ocultos, que yo no puedo declarar. Especialmente entendió que Lucifer tenía fabricadas grandes máquinas y soberbios pensamientos contra la gloria del mismo Señor, y que la arrogancia de este enemigo se extendía a beberse las aguas puras del Jordán (Job 40, 18). Y dándole el Altísimo estas noticias, la dijo Su Majestad: Esposa y paloma mía, el sediento furor del dragón infernal es tan insaciable contra mi santo nombre y contra los que le adoran, que sin excepción de nadie a todos pretende derribar y borrar mi nombre de la tierra de los vivientes con osadía y presunción formidable. Yo quiero, amada mía, que tú vuelvas por mi causa y defiendas mi honor santo, peleando en mi nombre con este cruel enemigo; que yo estaré contigo en la batalla, pues estoy en tu virginal vientre. Y antes de salir al mundo, quiero que con mi virtud divina los destruyas y confundas, porque están**

**persuadidos que se acerca la redención de los hombres y desean, primero que llegue, destruir a todos y ganar las almas del mundo sin reservar alguna. De tu fidelidad y amor fío esta victoria. Tú pelearás en mi nombre y yo en ti con este dragón y serpiente antigua.**

**337. Este aviso del Señor, y la noticia de tan ocultos sacramentos, hicieron en el corazón de la divina Madre tales efectos, que no hallo palabras con que manifestar lo que conozco. Y sabiendo que era voluntad de su Hijo santísimo que la celosísima Reina defendiera la honra del Altísimo, se inflamó tanto en su divino amor y se vistió de fortaleza tan invencible, que si cada uno de los demonios fuera un infierno entero con el furor y malicia de todos, fueran unas flacas hormigas y muy débiles para oponerse a la virtud incomparable de nuestra capitana; a todos los aniquilara y venciera con la menor de sus virtudes y celo de la gloria y honra del Señor. Ordenó este divino protector y amparador nuestro dar a su Madre santísima este glorioso triunfo del infierno, para que no se levantase más la soberbia arrogante de sus enemigos, cuando se apresuraban tanto a perder el mundo antes que llegase su remedio, y para que los mortales nos hallásemos obligados no sólo a tan inestimable amor de su Hijo santísimo, pero también a nuestra divina reparadora y defensora, que saliendo a la batalla le detuvo, le venció, le oprimió, para que no estuviese más incapaz y como imposibilitado el linaje humano de recibir a su Redentor.**

**338. ¡Oh hijos de los hombres de corazón tardo y pesado! ¿Cómo no atendemos a tan admirables beneficios? ¿Quién es el hombre (Sal 8, 5) que así le estimas y favoreces, Rey altísimo? ¿A tu misma Madre Reina y Señora nuestra ofreces a la batalla y al trabajo por nuestra defensa? ¿Quién oyó jamás ejemplo semejante? ¿Quién pudo hallar tal fuerza e ingenio de**

amor? ¿Dónde tenemos el juicio? ¿Quién nos ha privado del buen uso de la razón? ¿Qué dureza es la nuestra? ¿Quién tan fea ingratitud nos ha introducido? ¿Cómo no se confunden los hombres que tanto aman la honra y se desvelan en ella, cometiendo tal vileza y tan infame ingratitud, como olvidarse de esta obligación? El agradecerla y pagarla con la misma vida, fuera nobleza y honra verdadera de los mortales hijos de Adán.

**339.** A este conflicto y batalla contra Lucifer se ofreció la obediente Madre, por la honra de su Hijo santísimo y su Dios y nuestro. Respondió a lo que la mandaba, y dijo: Altísimo Señor y bien mío, de cuya bondad infinita he recibido el ser y gracia y la luz que confieso; vuestra soy toda, y Vos, Señor, sois por vuestra dignación Hijo mío; haced de vuestra sierva lo que fuere de mayor gloria y agrado vuestro; que si vos, Señor, estáis en mí y yo en vos, ¿quién será poderoso contra la virtud de vuestra voluntad? Yo seré instrumento de vuestro brazo invencible; dadme vuestra fortaleza, y venid conmigo, y vamos contra el infierno y a la batalla con el dragón y todos sus aliados.—Mientras la divina Reina hacía esta oración, salió Lucifer de sus conciliábulos tan arrogante y soberbio contra ella, que a todas las demás almas, de cuya perdición está sediento, las reputaba por cosa de muy poco aprecio. Y si este furor infernal se pudiera conocer como él era, entenderíamos bien lo que dijo de él Dios al Santo Job (Job 41, 18), que estimaba y reputaba el acero como pajuelas y el bronce como madero carcomido. Tal como ésta era la ira de este dragón contra María santísima; y no es menor ahora, respectivamente, contra las almas, que a la más santa, invicta y fuerte la desestima su arrogancia como una hojarasca seca. ¿Qué hará de los pecadores, que como cañas vacías y podridas no le resisten? Sola la fe viva y la humildad del corazón son armas dobles con que le vencen y rinden gloriosamente.



**340.** Para dar principio a la batalla, traía consigo Lucifer las siete legiones con sus principales cabezas, que señaló en su caída del cielo (Ap 12, 3), para que tentasen a los hombres en los siete pecados capitales. Y a cada uno de estos siete escuadrones encargó la demanda contra la Princesa inculpable, para que en ella y contra ella estrenasen sus mayores bríos. Estaba la invencible Señora en oración y, permitiéndolo entonces el Señor, entró la primera legión para tentarla de soberbia, que era el especial ministerio de estos enemigos. Y para disponer las pasiones o inclinaciones naturales, alterando los humores del cuerpo —que es el modo común de tentar a otras almas— procuraron acercarse a la divina Señora, juzgando que era como las demás criaturas de pasiones desordenadas por la culpa; pero no pudieron acercarse a ella tanto como deseaban, porque sentían una invencible virtud y fragancia de su santidad, que los atormentaba más que el mismo fuego que padecían. Y con ser esto así, y que el semblante sólo de María santísima les penetraba con sumo dolor, con todo era tan furiosa y desmedida la rabia que concebían, que posponían este tormento, porfiando y forcejando para llegarse más, deseando ofenderla y alterarla.

**341.** Era grande el número de los demonios, y María santísima una sola y pura mujer, pero sola ella era tan formidable y terrible (Cant 6, 3) contra ellos como muchos ejércitos bien ordenados. Presentábansele cuanto podían estos enemigos con iniquísimas fabulaciones (Sal 118, 85), pero la soberana Princesa, enseñándonos a vencer, no se movió, ni alteró, ni mudó el semblante ni el color; no hizo caso de ellos, ni los atendía más que si fueran débilísimas hormigas; despreciólos con invicto y magnánimo corazón; porque esta guerra, como se hace con las virtudes, no ha de ser con extremos, estrépito ni ruido, sino con serenidad, con sosiego, paz interior y

modestia exterior. Tampoco pudieron alterarla las pasiones ni apetitos, porque esto no caía debajo de la jurisdicción del demonio en nuestra Reina, que estaba toda subordinada a la razón, y ésta a Dios, y no había tocado en la armonía de sus potencias el golpe de la primera culpa ni las había desconcertado, como en los demás hijos de Adán. Y por esto las flechas de estos enemigos eran, como dijo David (Sal 63, 8), de párvulos y sus máquinas eran como tiros sin munición, y sólo contra sí mismos eran fuertes, porque les redundaba su flaqueza en vivo tormento. Y aunque ellos ignoraban la inocencia y justicia original de María santísima, y por eso no alcanzaban tampoco que no la podían ofender las comunes tentaciones, pero en la grandeza de su semblante y constancia conjeturaban su mismo desprecio y que la ofendían muy poco. Y no sólo era poco, pero nada; porque, como dijo el evangelista en el Apocalipsis (Ap 12, 16), y en la primera parte advertí (Cf. supra p. I n. 129-130), la tierra ayudó a la mujer vestida del sol, cuando el dragón arrojó contra ella las impetuosas aguas de tentaciones; porque el cuerpo terreno de esta Señora no estaba viciado en sus potencias y pasiones, como los demás que tocó la culpa.

342. Tomaron estos demonios figuras corpóreas, terribles y espantosas, y añadiendo crueles aullidos y tremendas voces y bramidos, fingían grandes ruidos, amenazas y movimientos de la tierra y de la casa, que amenazaba ruina, y otros desatinos semejantes, para turbar, espantar o mover a la Princesa del mundo; que sólo con esto, o retraerla de la oración, se tuvieran por victoriosos. Pero el invencible y dilatado corazón de María santísima ni se turbó, ni alteró, ni hizo mudanza alguna. Y se ha de advertir aquí que para entrar en esta batalla dejó el Señor a su Madre santísima en el estado común de la fe y virtudes que ella tenía y suspendió el influjo de otros favores y regalos que continuamente

solía recibir fuera de estas ocasiones. Ordenó el Altísimo esto, porque el triunfo de su Madre fuese más glorioso y excelente, a más de otras razones que tiene Dios en este modo de proceder con las almas; que sus juicios, en cómo se avienen con ellas, son inescrutables (Rom 11, 33) y ocultos. Algunas veces solía pronunciar la gran Señora, y decir: ¿Quién como Dios que vive en las alturas y mira a los humildes en el cielo y en la tierra (Sal 112, 5-6)?— Y con estas palabras arruinaba aquellas bisarmas que se le ponían delante.

**343.** Mudaron estos lobos hambrientos su piel y tomaron la de oveja, dejando las figuras espantosas y transformándose en Ángeles de luz muy resplandecientes, hermosos. Y llegándose a la divina Señora, la dijeron: Venciste, venciste, fuerte eres, y venimos a asistirte y premiar tu invencible valor.—Y con estas lisonjas fabulosas la rodearon, ofreciéndola su favor, pero la prudentísima Señora recogió todos sus sentidos y, levantándose sobre sí por medio de las virtudes infusas, adoró al Señor en espíritu y en verdad y, despreciando los lazos de aquellas lenguas inicuas y fabulosas mentiras (Eclo 51, 3), habló a su Hijo santísimo y le dijo: Señor y mi Dueño, fortaleza mía, luz verdadera de la luz, sólo en vuestro amparo está toda mi confianza y la exaltación de vuestro santo nombre. A todos los que lo contradicen, anatematizo, aborrezco y detesto.— Perseveraban los obradores de la maldad en proponer insanias falsas a la Maestra de la ciencia y en ofrecer alabanzas fingidas sobre las estrellas a la que se humillaba más que las ínfimas criaturas; y dijéronla que la querían señalar entre las mujeres y hacerla un exquisito favor, que era elegirla en nombre del Señor por Madre del Mesías y que fuese su santidad sobre los patriarcas y profetas.

**344.** El autor de esta maraña fue el mismo Lucifer, cuya

malicia se descubre en ella para que otras almas la conozcan; pero para la Reina del cielo era ridícula, ofrecerle lo que ella era, y ellos eran los engañados y alucinados no sólo en ofrecer lo que ni sabían ni podían dar, sino en ignorar los sacramentos del Rey del cielo que se encerraban en la dichosísima mujer que ellos perseguían. Con todo esto fue grande la iniquidad del dragón, porque sabía él que no podía cumplir lo que prometía, pero quiso rastrear si acaso nuestra divina Señora lo era, o si daba algún indicio de saberlo. No ignoró la prudencia de María santísima esta duplicidad de Lucifer, y despreciándola estuvo con admirable severidad y entereza. Y lo que hizo entre las adulaciones falsas fue continuar la oración y adorar al Señor postrándose en la tierra y confesándole se humillaba a sí misma y se reputaba por la más despreciable de las criaturas y que el mismo polvo que pisaba; y con esta oración y humildad degolló la soberbia presuntuosa de Lucifer todo el tiempo que le duró esta tentación. Y en lo demás que en ella sucedió, la sagacidad de los demonios, su crueldad y fabulaciones mentirosas que intentaron, no me ha parecido referirlo todo, ni alargarme a lo que se me ha manifestado, porque basta lo dicho para nuestra enseñanza y no todo se puede fiar de la ignorancia de las criaturas terrenas y frágiles.

345. Desmayados y vencidos estos enemigos de la primera legión, llegaron los de la segunda, para tentar de avaricia a la más pobre del mundo. Ofrecieronla grandes riquezas, plata, oro y joyas muy preciosas: y porque no pareciesen promesas en el aire, le pusieron delante muchas cosas de todo esto, aunque aparentes, pareciéndoles que el sentido tiene gran fuerza para incitar a la voluntad a lo presente deleitable. Añadieron a este engaño otros muchos de razones dolosas, y la dijeron que Dios la enviaba todo aquello para que lo distribuyese a los pobres. Y como nada de esto

admitiese, mudaron el ingenio y la dijeron que era injusta cosa estar ella tan pobre, pues era tan santa, y que más razón había para que fuese Señora de aquellas riquezas que otros pecadores y malos; que lo contrario fuera injusticia y desorden de la providencia del Señor, tener pobres a los justos y ricos, y prósperos a los malos y enemigos.

**346.** En vano se arroja la red —dice el Sabio (Prov 1, 17)— ante los ojos de las ligeras aves. En todas las tentaciones contra nuestra soberana Princesa era esto verdad; pero en esta de la avaricia era más desatinada la malicia de la serpiente, pues tendía la red en cosas tan terrenas y viles contra la fénix de la pobreza, que tan lejos de la tierra había levantado su vuelo sobre los mismos serafines. Nunca la prudentísima Señora, aunque estaba llena de sabiduría divina, se puso a razones con estos enemigos: como tampoco debe nadie hacerlo, pues ellos pugnan con la verdad manifiesta y no se darán por convencidos de ella aunque la conozcan. Y por esto se valió María santísima de algunas palabras de la Escritura, pronunciándolas con severa humildad, y dijo aquella del Salmo 118 (Sal 118, 111): *Haereditate acquisivi testimonia tua in aeternum*. Yo elegí por heredad y riquezas guardar los testimonios y ley de ti, Señor mío. Y añadió otras, alabando y bendiciendo al Altísimo con hacimiento de gracias, porque a ella la había criado y conservado, sustentándola sin merecerlo. Y con este modo tan lleno de sabiduría venció y confundió la segunda tentación, quedando atormentados y confusos los obreros de la maldad.

**347.** Llegó la tercera legión con el inmundo príncipe que tienen en la flaqueza de la carne; y en ésta forcejaron más, porque hallaron más imposibilidad para ejecutar cosa alguna de las que deseaban; y así consiguieron menos, si menos puede haber en unas que en otras.

**Intentaron introducirle algunas sugerencias y representaciones feas y fabricar otras monstruosidades indecibles. Pero todo se quedó en el aire, porque la purísima Virgen, cuando reconoció la condición de este vicio, se recogió toda al interior y dejó suspendido todo el uso de sus sentidos sin operación ninguna, y así no pudo tocar en ellos sugestión de cosa alguna, ni entrar especie a su pensamiento, porque nada llegó a sus potencias. Y con la voluntad fervorosa renovó muchas veces el voto de castidad en la presencia interior del Señor, y mereció más en esta ocasión que todas las vírgenes que han sido y serán en el mundo. Y el Todopoderoso le dio en esta materia tal virtud, que no despidió el fuego encerrado en el bronce la munición que está delante con tal fuerza y presteza, como eran arrojados los enemigos cuando intentaban tocar a la pureza de María santísima con alguna tentación.**

**348. La cuarta legión y tentación fue contra la mansedumbre y paciencia, procurando mover la ira de la mansísima paloma. Y esta tentación fue más molesta, porque los enemigos trasegaron toda la casa, rompieron y destrozaron todo cuanto había en ella, en ocasiones y con tal modo que más pudieran irritar a la mansísima Señora; y todo este daño repararon luego sus Santos Ángeles. Vencidos en esto los demonios, tomaron figuras de algunas mujeres conocidas de la serenísima Princesa y fueron a ella con mayor indignación y furor que si lo fueran verdaderas, y la dijeron exorbitantes contumelias, atreviéndose a amenazarla y quitarle de su casa algunas cosas de las más necesarias. Pero todas estas maquinaciones eran frívolas para quien los conocía como María santísima, que no hicieron ademán, ni acción alguna que no la penetrase, aunque se abstraía totalmente de ellas, sin moverse ni alterarse, sino con majestad de Reina lo despreciaba todo. Temieron los malignos espíritus que eran conocidos, y por eso**

despreciados, y tomaron otro instrumento de una mujer verdadera, de condición acomodada para su intento. A ésta la movieron contra la Princesa del cielo con una arte diabólica, porque tomó un demonio la forma de otra su amiga y la dijo que María la de José la había deshonrado en su ausencia, hablando de ella muchos desaciertos que fingió el demonio nuestro enemigo.

**349.** Esta engañada mujer, que por otra parte tenía muy ligera la ira, se fue toda muy enfurecida a nuestra mansísima cordera María santísima y la dijo en su rostro execrables injurias y vituperios. Pero dejándola poco a poco derramar el enojo concebido, la habló Su Alteza con palabras tan humildes y dulces, que la trocó toda y le puso blando el corazón. Y cuando estuvo más en sí, la consoló y sosegó, amonestándola se guardase del demonio, y dándole alguna limosna, porque era pobre, la despidió en paz; con que se desvaneció este enredo, como otros muchos de esta condición que fabricó el padre de la mentira Lucifer, no sólo para irritar a la mansísima Señora, sino también para de camino desacreditarla. Pero el Altísimo previno la defensa de la honra de su Madre santísima por medio de su misma perfección, humildad y prudencia, de tal suerte que jamás pudo el demonio desacreditarla en cosa alguna; porque ella obraba y procedía con todos tan mansa y sabiamente, que la multitud de máquinas que fraguaba el dragón se destruían sin tener efecto. La igualdad y mansedumbre, que en este género de tentaciones tuvo la soberana Señora, fue de admiración para los Ángeles, y aun los mismos demonios se admiraban, aunque diferentemente, de ver tal modo de obrar en una criatura humana y mujer, porque jamás habían conocido otra semejante.

**350.** Entró la quinta legión con la tentación de gula; y aunque la antigua serpiente no le dijo a nuestra Reina

que hiciera de las piedras pan, como después a su Hijo santísimo (Mt 4, 3), porque no le había visto hacer milagros tan grandes por habersele ocultado, pero tentóla como a la primera mujer con golosina; y pusieronla delante grandes regalos que con la apariencia convidasen y despertasen el apetito, y procuraron alterarla los humores naturales, para que sintiese alguna hambre bastarda; y con otras sugerencias se cansaron en incitarla, para que atendiese a lo que la ofrecían. Pero todas estas diligencias fueron vanas y sin efecto alguno, porque de todos estos objetos tan materiales y terrenos estaba el corazón alto de nuestra Princesa y Señora tan lejos como el cielo de la tierra. Y tampoco empleó sus sentidos en atender a la golosina, que ni la percibió casi; porque en todo iba deshaciendo lo que había hecho nuestra madre Eva, que, incauta y sin atención al peligro, puso la vista en la hermosura del árbol de la ciencia y en su dulce fruto y luego alargó la mano y comió, dando principio a nuestro daño. No lo hizo así María santísima, que cerró y abstraigo sus sentidos, aunque no tenía el peligro que Eva; pero ella quedó vencida para nuestra perdición, y la gran Reina victoriosa para nuestro rescate y remedio.

351. Muy desmayada llegó la sexta tentación de la envidia, viendo el despecho de los antecedentes enemigos; porque si bien ellos no conocían toda la perfección con que obraba la Madre de la santidad, pero sentían su invencible fuerza, y la conocían tan inmóvil, que se desahuciaban de poderla reducir a ninguno de sus depravados intentos. Con todo eso, el implacable odio del dragón y su nunca reconocida soberbia no se rendían, antes añadieron nuevos ingenios para provocar a la amantísima del Señor y de los prójimos a que envidiase en otros lo que ella misma poseía, y lo que aborrecía como inútil y peligroso. Hicieronla una relación muy larga de muchos bienes de gracias naturales que



otras tenían, y la decían que a ella no se las había dado Dios. Y por si los dones sobrenaturales le fueran más eficaz motivo de la emulación, la referían grandes favores y beneficios que la diestra del Todopoderoso había comunicado a otros y a ella no. Pero estas mentirosas fabulaciones ¿cómo podían embarazar a la misma que era Madre de todas las gracias y dones del cielo? Y porque en todas las criaturas que la podían representar habían recibido los beneficios del Señor, eran todos menos que ser Madre del Autor de la gracia; y por la que le había Su Majestad comunicado, y el fuego de caridad que ardía en su pecho, deseaba con vivas ansias que la diestra del Altísimo los enriqueciese y los favoreciese liberalmente. Pues ¿cómo había de hallar lugar la envidia donde abundaba la caridad? Pero no desistían los crueles enemigos. Representaron luego a la divina Reina la felicidad aparente de otros que con riquezas y bienes de fortuna se juzgaban por dichosos en esta vida y triunfaban en el mundo, y movieron a diversas personas para que fuesen a María santísima, y le dijesen al mismo tiempo el consuelo que tenían en hallarse ricas y bien afortunadas; como si esta engañosa felicidad de los mortales no estuviera reprobada tantas veces en las divinas Escrituras, y era ciencia y doctrina que la Reina del cielo y su Hijo santísimo venían a enseñar con ejemplo al mundo.

**352.** A estas personas que llegaban a nuestra divina Maestra, las encaminaba a usar bien de los dones y riquezas temporales y dar gracias por ellos a su Hacedor, y ella misma lo hacía, supliendo el defecto de la ingratitud ordinaria de los hombres. Y aunque la humildísima Señora se juzgaba por no digna del menor de los beneficios del Altísimo, pero en hecho de verdad su dignidad y santidad eminentísima protestaban en ella lo que en su nombre dijeron los profetas: Conmigo están las riquezas y la gloria, los tesoros y la justicia. Mi fruto es

mejor que la plata, oro y que las piedras muy preciosas (Prov 8, 18-19). En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, y toda la esperanza de la vida y de la virtud (Eclo 24, 25). Y con esta excelencia y superioridad vencía a sus enemigos, dejándolos como atónitos y confusos de ver que donde estrenaban todas sus fuerzas y astucia conseguían menos y se hallaban más arruinados.

**353.** Perseveró con todo esto su porfía hasta llegar con la séptima tentación de pereza; pretendiendo introducirla en María santísima con despertarle algunos achaques corporales y lasitud o cansancio y tristeza, que es un arte poco conocida, con que este pecado de la pereza hace grandes suertes en muchas almas y las impide su aprovechamiento en la virtud. Añadieron a esto más sugerencias, de que estando cansada dilatase algunos ejercicios para cuando estuviese más bien dispuesta; que no es menor astucia cuando nos engaña a los demás, y no la percibimos ni conocemos lo que es menester. Sobre toda esta malicia procuraron impedir a la santísima Señora en algunos ejercicios por medio de criaturas humanas, solicitando quien la fuese a estorbar en tiempos intempestivos, para retardarla en alguna de sus acciones y ocupaciones santas, que a sus horas y tiempos tenía destinadas. Pero todas estas maquinaciones conocía la prudentísima y diligentísima Princesa, y las desvanecía con su sabiduría y solicitud, sin que jamás el enemigo consiguiese el impedirla en cosa alguna para que en todo no obrase con plenitud de perfección. Quedaron estos enemigos como desesperados y debilitados, y Lucifer furioso contra ellos y contra sí mismo. Pero renovando su rabiosa soberbia, determinaron acometer juntos, como diré en el capítulo siguiente.

*Doctrina que me dio la Reina María santísima.*

**354. Hija mía, aunque has resumido en breve compendio la prolija batalla de mis tentaciones, quiero que de lo escrito, y de lo demás que en Dios has conocido, saques las reglas y doctrina de resistir y vencer al infierno. Y para esto el mejor modo de pelear es despreciar al demonio, considerándole enemigo del altísimo Dios, sin temor santo y sin esperanza de algún bien, desahuciado del remedio en su desdicha pertinaz y sin arrepentimiento de su maldad. Y con esta verdad infalible te debes mostrar contra él superior, magnánima e inmutable, tratándole como a despreciador de la honra y culto de su Dios. Y sabiendo que defiendes tan justa causa, no te debes acobardar, antes con todo esfuerzo y valentía le has de resistir y contradecir en todo cuanto intentare, como si estuvieses al lado del mismo Señor por cuyo nombre peleas; pues no hay duda que Su Majestad asiste a quien legítimamente pelea. Tú estás en lugar y estado de esperanza y ordenada para gloria eterna, si trabajas con fidelidad por tu Dios y Señor.**

**355. Considera, pues, que los demonios aborrecen con implacable odio lo que tú amas y deseas, que son la honra de Dios y tu felicidad eterna, y te quieren privar a ti de lo que ellos no pueden restaurar. Y al demonio le tiene Dios reprobado, y a ti ofrece su gracia, virtud y fortaleza para vencer a su enemigo y tuyo y conseguir tu dichoso fin del eterno descanso, si trabajares fielmente y observares los mandamientos del Señor. Y aunque la arrogancia del dragón es grande (Is 16, 6), pero su flaqueza es mayor, y no supone más que un átomo débilísimo en presencia de la virtud divina. Pero como su astucia ingeniosa y su malicia excede tanto a los mortales, no le conviene al alma llegar a razones ni pláticas con él, ahora sea visible o invisiblemente, porque de su entendimiento tenebroso, como de un horno de fuego, salen tinieblas y confusión que oscurecen el juicio de los mortales; y si les escuchan, le llenan de**

**fabulaciones y tinieblas, para que ni se conozca la verdad y hermosura de la virtud, ni la fealdad de sus engañosos venenosos, y con esto no saben apartar las almas lo precioso de lo vil (Jer 15, 19), la vida de la muerte, ni la verdad de la mentira, y así caen en manos de este impío y cruel dragón.**

**356. Sea para ti regla inviolable, que en las tentaciones no atiendas a lo que te proponen, ni escuches ni discurras sobre ello. Y si pudieres sacudirte y alejarte de manera que no lo percibas, ni conozcas su mala condición, esto será lo más seguro; mirándolas de lejos, porque siempre envía el demonio delante alguna prevención para introducir su engaño, en especial a las almas que teme él le resistirán la entrada, si no la facilita primero. Y así suele comenzar por tristeza, caimiento de corazón, o con algún movimiento y fuerza que divierta y distraiga al alma de la atención y afecto del Señor, y luego llega con el veneno en vaso de oro, para que no cause tanto horror. Al punto que reconozcas en ti alguno de estos indicios, pues ya tienes experiencia, obediencia y doctrina, quiero que con alas de paloma levantes el vuelo y te alejes hasta llegar al refugio del Altísimo (Sal 54, 7-8) llamándole en tu favor y presentándole los méritos de mi Hijo santísimo. Y también debes recurrir a mi protección como a tu Madre y Maestra y a la de tus Ángeles devotos y a todos los demás del Señor. Cierra también tus sentidos con presteza y júzgate muerta a ellos, o como alma de la otra vida a donde no llega la jurisdicción de la serpiente y exactor tirano. Ocúpate más entonces en el ejercicio de los actos virtuosos contrarios a los vicios que te propone, y en especial en la fe y esperanza y en el amor, que echan fuera la cobardía y temor (1 Jn 4, 18) con que se enflaquece la voluntad para resistir.**

**357. Las razones para vencer a Lucifer has de buscar**

sólo en Dios, y no se las des a este enemigo, porque no te llene de fascinaciones confusas. Juzga por cosa indigna, a más de ser peligrosa, ponerte con él a razones, ni atender al enemigo de quien amas y tuyo. Muéstrate superior y magnánima contra él y ofrécete a la guarda de todas las virtudes para siempre, y contenta con este tesoro te retira en él; que la mayor destreza de los hijos de Dios en esta batalla es huir muy lejos, porque el demonio es soberbio y siente que le desprecien y desea que le oigan, confiado en su arrogancia y embustes. Y de aquí le nace la porfía para que le admitan en alguna cosa, porque el mentiroso no puede fiar en la fuerza de la verdad, pues no la dice, y así pone la confianza en ser molesto y en vestir el engaño con apariencia de bien y de verdad. Y mientras este ministro de maldad no se halla despreciado, nunca piensa que le han conocido, y como importuna mosca vuelve a la parte que reconoce más próxima a la corrupción.

**358.** Y no menos advertida has de ser cuando tu enemigo se valiere contra ti de otras criaturas, como lo hará por uno de dos caminos: moviéndolas a demasiado amor, o al contrario a aborrecimiento. Donde conocieres desordenado afecto en los que te trataren, guarda el mismo documento que en huir del demonio, pero con esta diferencia: que a él le aborrezcas y a las demás criaturas las consideres hechuras del Señor y no les niegues lo que en Su Majestad y por él les debes. Pero en retirarte, míralos a todos como a enemigos; pues para lo que Dios quiere de ti, y en el estado que estás, será demonio el que a las demás personas quiera inducir a que te aparten del mismo Señor y de lo que le debes. Si, por el otro extremo, te persiguieren con aborrecimiento, corresponde con amor y mansedumbre, rogando por los que te aborrecen y persiguen (Mt 5, 44), y esto sea con afecto íntimo del corazón. Y si necesario fuere quebrantar la ira de alguno con palabras blandas, o

deshacer algún engaño en satisfacción de la verdad, haráslo, no por tu disculpa, sino por sosegar a tus hermanos y por su bien y paz interior y exterior; y con esto te vencerás de una vez a ti misma y a los que te aborrecieren. Para fundar todo esto es necesario cortar los vicios capitales por las raíces, arrancarlas del todo, muriendo a los movimientos del apetito en que se arraigan estos siete vicios capitales con que tienta el demonio; que todos los siembra en las pasiones y apetitos desordenados e inmortificados.

## CAPITULO 28

*Persevera Lucifer con sus siete legiones en tentar a María santísima; queda vencido y quebrantada la cabeza de este dragón.*

359. Si pudiera el príncipe de las tinieblas retroceder en su maldad, con las victorias que la Reina del cielo había alcanzado, quedara deshecha y humillada aquella exorbitante soberbia, pero como se levanta siempre contra Dios (Sal 73, 23) y nunca se sacia de su malicia, quedó vencido, mas no de voluntad rendido. Ardíase en las llamas de su inextinto furor hallándose vencido, y tan vencido, de una humilde y tierna mujer, cuando él y sus ministros infernales habían rendido a tantos hombres fuertes y mujeres magnánimas. Llegó a conocer este enemigo que María santísima estaba preñada, ordenándolo así Dios, aunque sólo conocieron era niño verdadero, porque la divinidad y otros misterios siempre les eran ocultos; con que se persuadieron no era el Mesías prometido, pues era niño como los demás hombres. Y este engaño les disuadió también que María santísima no era Madre del Verbo, de quien ellos temían les había de quebrantar la cabeza (Gen 3, 15) el Hijo y Madre santísimos. Con todo eso juzgaron que de mujer tan fuerte y victoriosa nacería algún varón insigne en

santidad, y previniendo esto el dragón grande, concibió contra el fruto de María santísima aquel furor que San Juan Evangelista dijo en el capítulo 12 del Apocalipsis — que otras veces he referido (Cf. supra p. I n. 105)— esperando a que pariese para devorarlo.

**360.** Sintió Lucifer una oculta virtud que le oprimía, mirando hacia aquel niño encerrado en el vientre de su Madre santísima, y aunque sólo conoció que en su presencia se hallaba flaco de fuerzas y como atado, esto le enfurecía para intentar cuantos medios pudiese en destrucción de aquel Hijo, para él tan sospechoso, y de la Madre, que reconocía tan superior en la batalla. Manifestósele a la divina Señora por varios modos, y tomando figuras espantosas visibles, como un fierísimo toro y como dragón formidable y en otras formas, quería llegarse a ella y no podía, acometía y hallábase impedido, sin saber de quién ni cómo. Forcejaba como una fiera atada y daba espantosos bramidos, que si Dios no los ocultara atemorizaran al mundo y muchos murieran de espanto; arrojaba por la boca fuego y humo de azufre con espumajos venenosos; y todo esto veía y oía la divina princesa María, sin inmutarse ni moverse más que si fuera un mosquito. Hizo otras alteraciones en los vientos, en la tierra y en la casa, trasegándolo y alterándolo todo, pero tampoco perdió por esto María santísima la serenidad y sosiego interior y exterior; que siempre estuvo invicta y superior a todo.

**361.** Hallándose Lucifer tan vencido, abrió su inmundísima boca y movió su lengua mentirosa y coinquinada y soltó la represa de su malignidad, proponiendo y pronunciando en presencia de la divina Emperatriz todas cuantas herejías y sectas infernales había fraguado con ayuda de sus depravados ministros. Porque después que fueron todos arrojados del cielo y conocieron que el Verbo divino había de tomar carne

humana, para ser cabeza de un pueblo a quien regalaría con favores y doctrina celestial, determinó el dragón fabricar errores, sectas y herejías contra todas las verdades que iba conociendo en orden a la noticia, amor y culto del Altísimo. Y en esto se ocuparon los demonios muchos años que pasaron hasta la venida de Cristo nuestro Señor al mundo; y todo este veneno tenía represado Lucifer en su pecho, como serpiente antigua. Derramóle todo contra la Madre de la verdad y pureza y, deseando inficcionarla, dijo todos los errores que contra Dios y su verdad había fraguado hasta aquel día.

**362.** No conviene referirlas aquí —menos que las tentaciones del capítulo antecedente— porque no sólo es peligroso para los flacos, pero los muy fuertes deben temer este aliento pestífero de Lucifer; y todo lo arrojó y derramó en esta ocasión. Y por lo que he conocido, creo sin duda no quedó error, idolatría ni herejía de cuantas se han conocido hasta hoy en el mundo, que no se le representase este dragón a la soberana María; para que de ella pudiese cantar la Iglesia santa, gratificándole sus victorias con toda verdad, que degolló y ahogó todas las herejías ella sola en el mundo universo *Gaude, María Virgo: cunctas haereses sola interemisti in universo mundo* (Ant. del Oficio litúrgico de María en el Breviario). Así lo hizo nuestra victoriosa Sunamitis (Cant 7, 1), donde nada se hallaba que no fuesen coros de virtudes ordenadas en forma de escuadrones para oprimir, degollar y confundir los ejércitos infernales. A todas sus falsedades y a cada una de ellas singularmente, las fue contradiciendo, detestando, anatematizando con una invicta fe y confesión altísima, protestando las verdades contrarias y magnificando por ellas al Señor como verdadero, justo y santo, y formando cánticos de alabanza en que se encerraban las virtudes y doctrina verdadera, santa, pura y loable. Pidió con fervorosa oración al Señor que humillase la altiva



soberbia de los demonios en esto y les enfrenase para que no derramasen tanta y tan venenosa doctrina en el mundo, y que no prevaleciese la que había derramado y la que adelante intentaría sembrar entre los hombres.

**363.** Por esta gran victoria de nuestra divina Reina, y por la oración que hizo, entendí que el Altísimo con justicia impidió al demonio para que no sembrase tanta cizaña de errores en el mundo como deseaba y los pecados de los hombres merecían. Y aunque por ellos han sido tantas las herejías y sectas, como hasta hoy se han visto, pero fueran muchas más si María santísima no hubiera quebrantado la *cabeza* al dragón con tan insignes victorias, oración y peticiones. Y lo que nos puede consolar entre el dolor y amargura de ver tan afligida a la santa Iglesia de tantos enemigos infieles, es un gran misterio que aquí se me ha dado a entender: que en este triunfo de María santísima, y otro que tuvo después de la ascensión de su Hijo santísimo a los cielos, de que hablaré en la tercera parte (Cf. infla p. III n. 528), le concedió Su Majestad a nuestra Reina en premio de estas batallas que por su intercesión y virtudes se habían de consumir y extinguir las herejías y sectas falsas que hay contra la santa Iglesia en el mundo. El tiempo destinado y señalado para este beneficio no le he conocido; pero aunque esta promesa del Señor tenga alguna condición tácita u oculta, estoy cierta que, si los príncipes católicos y sus vasallos obligaran a esta gran Reina del cielo y de la tierra y la invocaran como a su única patrona y protectora y aplicaran todas sus grandezas y riquezas, su poder y mando a la exaltación de la fe y nombre de Dios y de María purísima —ésta será por ventura la condición de la promesa— fueran como instrumentos suyos en destruir y debelar los infieles, desterrando las sectas y errores que tan perdido tienen al mundo, y contra ellos alcanzaran insignes y grandes victorias.

**364.** Antes que naciera Cristo Redentor nuestro, le pareció al demonio, como insinué en el capítulo pasado (Cf. supra n. 336), que se retardaba su venida por los pecados del mundo; y para impedirla del todo pretendió aumentar este óbice y multiplicar más errores y culpas entre los mortales; y esta iniquísima soberbia confundió el Señor por mano de su Madre santísima con tan grandiosos triunfos como alcanzó. Después que nació Dios y hombre por nosotros y murió, pretendió el mismo dragón impedir y malograr el fruto de su sangre y el efecto de nuestra redención, y para esto comenzó a fraguar y sembrar los errores, que después de los Apóstoles han afligido y afligen a la santa Iglesia. La victoria contra esta maldad infernal también la tiene remitida Cristo nuestro Señor a su Madre santísima, porque sola ella lo mereció y pudo merecerlo. Y por ella se extinguió la idolatría con la predicación del Evangelio; por ella se consumieron otras sectas antiguas, como la de Arrio, Nestorio, Pelagio y otros; y también ha ayudado el trabajo y solicitud de los reyes, príncipes y padres y doctores de la Iglesia santa. Pues ¿cómo se puede dudar que, si ahora con ardiente celo hicieran los mismos príncipes católicos, eclesiásticos y legos la diligencia que les toca, ayudando —digámoslo así— a esta divina Señora, dejara ella de asistirlos y hacerlos felicísimos en esta vida y en la otra y degollara todas las herejías en el mundo? Para este fin ha enriquecido tanto el Señor a su Iglesia y a los reinos y monarquías católicas, porque si no fuera para esto, mejor estuvieran siendo pobres; pero no era conveniente hacerlo todo por milagros, sino con los medios naturales de que se podían valer con las riquezas. Pero si cumplen con esta obligación o no cumplen, no es para mí el juzgarlo; sólo me toca decir lo que el Señor me ha dado a conocer: de que son injustos poseedores de los títulos honrosos y potestad suprema que les da la Iglesia, si no la ayudan y defienden y

solicitan con sus riquezas que no se malogre la sangre de Cristo nuestro Señor, pues en esto se diferencian los príncipes cristianos de los infieles.

**365.** Volviendo a mi discurso digo que el Altísimo con la previsión de su infinita ciencia conoció la iniquidad del infernal dragón, y que ejecutando su indignación contra la Iglesia con la semilla de sus errores que tenía fabricados, turbaría muchos fieles y arrastraría con su extremidad las estrellas (Ap 12, 4) de este cielo militante, que eran los justos; con que la divina justicia sería más provocada y el fruto de la redención casi impedido. Determinó Su Majestad con inmensa piedad ocurrir a este daño que amenazaba al mundo. Y para disponerlo todo con mayor equidad y gloria de su santo nombre, ordenó que María santísima le obligase, porque sola ella era digna de los privilegios, dones y prerrogativas con que había de vencer al infierno, y sola esta eminentísima Señora era capaz para empresa tan ardua y de rendir al corazón del mismo Dios con su santidad, pureza, méritos y oraciones. Y porque redundaba en mayor exaltación de la virtud divina, que por todas las eternidades fuese manifiesto que había vencido a Lucifer y su séquito por medio de una pura criatura y mujer, como él había derribado al linaje humano por medio de otra, y para todo esto no había otra más idónea que su misma Madre a quien se lo debiese la Iglesia y todo el mundo; por estas razones y otras que conoceremos en Dios, le dio Su Majestad el cuchillo de su potencia en la mano a nuestra victoriosa capitana, para que degollase al dragón infernal; y que esta potestad no se le revocase jamás, antes con ella defendiese y amparase desde los cielos a la Iglesia militante, según los trabajos y necesidades que en los tiempos futuros se le ofreciesen.

**366.** Perseverando, pues, Lucifer en su infeliz contienda, como he dicho, en forma visible con sus cuadrillas

**infernales, la serenísima María jamás convirtió a ellos la vista, ni los atendió, aunque los oía, porque así convenía. Y porque el oído no se impide ni cierra como los ojos, procuraba no llegasen a la imaginativa ni al interior especies de lo que decían. Tampoco habló con ellos más palabra de mandarles algunas veces que enmudeciesen en sus blasfemias. Y este mandato era tan eficaz, que les compelia a pegar las bocas con la tierra; y en el ínterin hacía la divina Señora grandes cánticos de alabanza y gloria del Altísimo. Y con hablar sólo con Su Majestad y protestar las divinas verdades, eran tan oprimidos y atormentados, que se mordían unos a otros como lobos carnívoros o como perros rabiosos; porque cualquiera acción de la Emperatriz María era para ellos una encendida flecha, cualquiera de sus palabras un rayo que los abrasaba con mayor tormento que el mismo infierno. Y no es esto encarecimiento, pues el dragón y sus secuaces pretendieron huir y apartarse de la presencia de María santísima que los confundía y atormentaba, pero el Señor con una fuerza oculta los detenía para engrandecer el glorioso triunfo de su Madre y Esposa y confundir más y aniquilar la soberbia de Lucifer. Y para esto ordenó y permitió Su Majestad que los mismos demonios se humillasen a pedir a la divina Señora los mandase ir y los arrojase de su presencia a donde ella quisiese. Y así los envió imperiosamente al infierno, donde estuvieron algún espacio de tiempo. Y la gran vencedora quedó toda absorta en las divinas alabanzas y hacimiento de gracias.**

**367. Cuando el Señor dio permiso para que Lucifer se levantara, volvió a la batalla, tomando por instrumentos unos vecinos de la casa de San José; y sembrando entre ellos y sus mujeres una diabólica cizaña de discordias sobre intereses temporales, tomó el demonio forma humana de una persona amiga de todos, y les dijo que no se inquietasen entre sí mismos, porque de toda aquella**

diferencia tenía la culpa María la de José. La mujer que representaba el demonio era de crédito y autoridad, y con eso les persuadió mejor. Y aunque el Señor no permitió que en cosa grave se violase el crédito de su Madre santísima, con todo eso dio permiso, para su gloria y mayor corona, que todas estas personas engañadas la ejercitasen en esta ocasión. Fueron de mancomún juntas a casa de San José y en presencia del santo esposo llamaron a María santísima y la dijeron palabras ásperas, porque las inquietaba en sus casas y no las dejaba vivir en paz. Este suceso fue para la inocentísima Señora de algún dolor, por la pena de San José, que ya en aquella ocasión había comenzado a reparar en el crecimiento de su virginal vientre, y ella le miraba su corazón y los pensamientos que comenzaban a darle algún cuidado. Con todo esto, como sabia y prudente procuró vencer y redimir al trabajo con humildad, paciencia y viva fe. No se disculpó ni volvió por su inocente proceder, antes se humilló y con sumisión pidió a aquellas engañadas vecinas, que si en algo las había ofendido la perdonasen y se aquietasen; y con palabras llenas de dulzura y ciencia las ilustró y pacificó con hacerles entender que ellos no tenían culpa unos contra otros. Y satisfechos de esto y edificados de la humildad con que los había respondido, se volvieron a sus casas en paz, y el demonio huyó, porque no pudo sufrir tanta santidad y sabiduría del cielo.

368. San José quedó algo triste y pensativo y dio lugar al discurso, como diré en los capítulos de adelante (Cf. infra n. 375-394). Pero el demonio, aunque ignoraba el principal motivo de la pena de San José, se quiso valer de la ocasión —que ninguna pierde— para inquietarle. Mas conjeturando si la causa era algún disgusto que tuviese con su esposa o por hallarse pobre y con tan corta hacienda, a entrambas cosas tiró el demonio, aunque desatinó en ellas, porque envió algunas sugerencias de

despecho a San José para que se desconsolase con su pobreza y la recibiese con impaciencia o tristeza; y asimismo le representó que María su esposa se ocupaba mucho tiempo en sus recogimientos y oraciones y no trabajaba, que para tan pobres era mucho ocio y descuido. Pero San José, como recto y magnánimo de corazón y de alta perfección, despreció fácilmente estas sugerencias y las arrojó de sí; y aunque no tuviera otra causa más que el cuidado que le daba ocultamente el preñado de su esposa, con éste ahogara todos los demás. Y dejándole el Señor en el principio de estos recelos, le alivió de la tentación del demonio por intercesión de María santísima, que estaba atenta a todo lo que pasaba en el corazón de su fidelísimo esposo y pidió a su Hijo santísimo se diese por servido y satisfecho de la pena que le daba verla preñada y le aliviase las demás.

369. Ordenó el Altísimo que la Princesa del cielo tuviese esta prolija batalla de Lucifer, y le dio permiso para que él, junto con todas sus legiones, acabasen de estrenar todas sus fuerzas y malicia, para que en todo y por todo quedasen hollados, quebrantados y vencidos, y la divina Señora consiguiese el mayor triunfo del infierno, que jamás pura criatura pudo alcanzar. Llegaron juntos estos escuadrones de maldad con su caudillo infernal y presentáronse ante la divina Reina; y con invencible furor renovaron todas las máquinas de tentaciones juntas, de que antes se habían valido por partes, y añadieron lo poco que pudieron, que no me ha parecido referirlas; porque todas casi quedan dichas arriba en los dos capítulos. Estuvo tan inmóvil, superior y serena, como si fueran los coros supremos de los Ángeles los que oían estas fabulaciones del enemigo; y ninguna impresión peregrina tocó ni alteró este cielo de María santísima, aunque los espantos, los terrores, las amenazas, las lisonjas, fabulaciones y falsedades fueron como de toda la malicia junta del dragón que derramó su corriente (Ap

**12, 15) contra esta mujer invicta y fuerte, María santísima.**

**370. Estando en este conflicto, ejercitando actos heroicos de todas las virtudes contra sus enemigos, tuvo conocimiento de que el Altísimo ordenaba y quería que humillase y quebrantase la soberbia del dragón, usando del poder y potestad de Madre de Dios y de la autoridad de tan grande dignidad. Y levantándose con ferventísimo e invencible valor, se volvió a los demonios, y dijo: ¿Quién como Dios, que vive en las alturas (Sal 112, 5)?—Y repitiendo estas razones, añadió luego: Príncipe de las tinieblas, autor del pecado y de la muerte, en nombre del Altísimo te mando que enmudezcas, y con tus ministros te arrojo al profundo de las cavernas infernales, para donde estáis deputedos, de donde no salgáis hasta que el Mesías prometido os quebrante y sujete o lo permita.— Estaba la Emperadora divina llena de luz y resplandor del cielo, y el dragón soberbio pretendió resistirse algo a este imperio y convirtió a él la fuerza del poder que tenía, y le humilló más y con mayor pena; que por esto le alcanzó sobre todos los demonios. Cayeron al profundo juntos y quedaron apegados a lo ínfimo del infierno, al modo que arriba dije (Cf. supra n. 130) en el misterio de la encarnación, y diré adelante (Cf. infra n. 999, 1421) en la tentación y muerte de Cristo nuestro Señor. Y cuando volvió este dragón a la otra batalla, que tengo citada para la tercera parte (Cf. supra n. 327 e infra p. III n. 452ss), con la misma Reina del cielo, le venció tan admirablemente, que por ella y su Hijo santísimo he conocido fue quebrantada la cabeza, de Lucifer, quedó inepto y desvalido y quebrantadas sus fuerzas, de manera que, si las criaturas humanas no se las dan con su malicia, le pueden muy bien vencer y resistir con la divina gracia.**

**371. Luego se le manifestó el Señor a su Madre santísima**

y en premio de tan gloriosa victoria la comunicó nuevos dones y favores; y los mil Ángeles de su guarda con otros innumerables se le manifestaron corporalmente y le hicieron nuevos cánticos de alabanza del Altísimo y suya, y con celestial armonía de dulces voces sensibles le cantaron lo que de Judit, que fue figura de este triunfo y le aplica la Iglesia santa (En el breviario en la festividad de la Inmaculada): Toda eres hermosa, toda eres hermosa, María Señora nuestra, y no hay en ti mácula de culpa; tú eres la gloria de Jerusalén la celestial, tú la alegría de Israel, tú la honra del pueblo del Señor, tú la que magnificas su santo nombre, y abogada de los pecadores, que los defiendes de su enemigo soberbio. ¡Oh María! Llena eres de gracia y de todas las perfecciones.—Quedó la divina Señora llena de júbilo alabando al Autor de todo bien y refiriéndole los que recibía. Y volvió al cuidado de su esposo, como diré en los capítulos siguientes.

*Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.*

**372.** Hija mía, el recato que debe tener el alma para no ponerse en razones con los enemigos invisibles, no le impide para que con autoridad imperiosa los mande en el nombre del Altísimo que enmudezcan y se desvíen y confundan. Así quiero yo que tú lo hagas en las ocasiones oportunas que te persiguieren, porque no hay armas tan poderosas contra la malicia del dragón, como mostrarse la criatura humana imperiosa y superior, en fe de que es hija de su Padre verdadero que está en los cielos, y de quien recibe aquella virtud y confianza contra él. La causa de esto es, porque todo el cuidado de Lucifer es, después que cayó del cielo, ponerle en desviar a las almas de su Criador y sembrar cizaña y división entre el Padre celestial y los hijos adoptados y entre la esposa y el Esposo de las almas. Y cuando conoce que alguna está unida con su Criador y como vivo miembro de su cabeza



**Cristo, cobra esfuerzo y autoridad en la voluntad para perseguirla con furor rabioso, y envidioso emplea su malicia y fabulaciones en destruirla; pero como ve que no lo puede conseguir, y que es refugio y protección (Sal 17, 3) verdadera e inexpugnable la del Altísimo para las almas, desfallece en sus conatos y se reconoce oprimido con incomparable tormento. Y si la esposa regalada con magisterio y autoridad le desprecia y arroja, no hay gusano ni hormiga más débil que este gigante soberbio.**

**373. Con la verdad de esta doctrina te debes animar y fortalecer, cuando el Todopoderoso ordenare que te halle la tribulación y te cerquen los dolores de la muerte (Sal 17, 5) en las tentaciones grandes como yo las padecí, porque ésta es la mejor ocasión para que el Esposo haga experiencia de la fidelidad de la verdadera esposa. Y si lo es, no se ha de contentar el amor con solos afectos sin dar otro fruto, porque sólo el deseo que nada cuesta al alma no es prueba suficiente de su amor, ni de la estimación que hace del bien que dice aprecia y ama. La fortaleza y constancia en el padecer con dilatado y magnánimo corazón en las tribulaciones, éstos son los testigos del verdadero amor. Y si tú deseas tanto hacer alguna demostración y satisfacer a tu Esposo, la mayor será que, cuando más afligida y sin recurso humano te hallares, entonces te muestres más invencible y confiada en tu Dios y Señor, y esperes, si fuere necesario, contra la esperanza (Rom 4, 18), pues no duerme ni dormita el que se llama amparo de Israel (Sal 120, 4), y cuando sea tiempo mandará al mar y a los vientos y hará tranquilidad (Mt 8, 26).**

**374. Pero debes, hija mía, estar muy advertida en los principios de las tentaciones, donde hay grande peligro si el alma se comienza luego a conturbar con ellas, soltando a las pasiones de la concupiscible o irascible, con que se oscurece y ofusca la luz de la razón. Porque si**

**el demonio reconoce esta alteración y que levanta tan grande polvareda y tempestad en las potencias, como su crueldad es tan implacable e insaciable, cobra mayor aliento y añade fuego a fuego, enfureciéndose más, juzgando y pareciéndole que no tiene el alma quien la defienda y libre de sus manos; y aumentándose más el rigor de la tentación, crece también el peligro de no resistir a lo más fuerte de ella quien se comenzó a rendir en el principio. Todo esto te advierto para que temas el riesgo de los primeros descuidos. Nunca le tengas en cosa que tanto importa, antes bien has de perseverar en la igualdad de tus acciones en cualquiera tentación que tengas, continuando en tu interior el dulce y devoto trato del Señor, y con los prójimos la suavidad y caridad y blandura prudente que con ellos debes tener, anteponiéndote con oración y templanza de tus pasiones al desorden que el enemigo quiere poner en ellas.**

## **LIBRO IV**

**CONTIENE LOS RECELOS DE SAN JOSÉ, CONOCIENDO EL PREÑADO DE MARÍA SANTÍSIMA; EL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR; SU CIRCUNCISIÓN; LA ADORACIÓN DE LOS REYES Y PRESENTACIÓN DEL INFANTE JESÚS EN EL TEMPLO; LA FUGA A EGIPTO, MUERTE DE LOS INOCENTES Y LA VUELTA A NAZARET.**

### **CAPITULO 1**

***Conoce el santo José el preñado de su esposa María Virgen y entra en grande cuidado sabiendo que en él no tenía parte.***

**375. Del divino preñado de la Princesa del cielo corría ya el quinto mes cuando el castísimo José, esposo suyo, había comenzado a tener algún reparo en la disposición y crecimiento de su vientre virginal; porque en la**

perfección natural y elegancia de la divina esposa, como arriba dije (Cf supra n. 115), se podía ocultar menos y descubrirse más cualquiera señal y desigualdad que tuviera. Un día, saliendo María santísima de su oratorio, la miró con este cuidado San José y conoció con mayor certeza la novedad (Mt 1, 18), sin que pudiese el discurso desmentir a los ojos en lo que les era notorio. Quedó el varón de Dios herido el corazón con una flecha de dolor que le penetró hasta lo más íntimo, sin hallar resistencia a las fuerzas de sus causas que a un mismo tiempo se juntaron en su alma. La primera el amor castísimo, pero muy intenso y verdadero, que tenía a su fidelísima esposa, donde desde el principio estaba su corazón más que en depósito, y con el agradable trato y santidad sin semejante de la gran Señora se había confirmado más este vínculo del alma de San José en obsequio suyo. Y como ella era tan perfecta y cabal en la modestia y humilde severidad, entre el respeto cuidadoso de servirla, tenía el santo José un deseo, como natural a su amor, de la correspondencia del de su esposa. Y esto ordenó así el Señor para que con el cuidado de esta recíproca satisfacción le tuviese mayor el santo en servir y estimar a la divina Señora.

**376.** Cumplía con esta obligación San José como fidelísimo esposo y dispensero del sacramento que aún le estaba oculto; y cuanto era más atento a servir y venerar a su esposa y su amor era purísimo y castísimo, santo y justo, tanto era mayor el deseo de que ella le correspondiese; aunque jamás se lo manifestó ni le habló en esto, así por la reverencia a que le obligaba la majestad humilde de su esposa, como porque no le había sido molesto aquel cuidado a vista de su trato y comunicación, conversación y pureza más que de ángel. Pero cuando se halló en este aprieto, testificándole la vista la novedad que no podía negarle, quedó su alma dividida con el sobresalto. Aunque satisfecho que en su

esposa había aquel nuevo accidente, no dio al discurso más de lo que no pudo negar a los ojos, porque como era varón santo y recto (Mt 1, 19), aunque conoció el efecto, suspendió el juicio de la causa; porque si se persuadiera a que su esposa tenía culpa, sin duda el santo muriera de dolor naturalmente.

**377.** Juntóse a esta causa la certeza de que no tenía parte en el preñado que conocía por sus ojos, y que la deshonra era por esto inevitable, cuando se llegase a saber. Y este cuidado era de tanto peso para San José, cuanto él era de corazón más generoso y honrado y con su gran prudencia sabía ponderar el trabajo de la infamia propia y de su esposa, si llegaban a padecerla. Y la tercera causa, que daba mayor torcedor al santo esposo, era el riesgo de entregar a su esposa para que conforme a la ley fuese apedreada (Lev 20, 10; Dt 22, 23-24) —que era el castigo de las adúlteras— si fuese convencida de este crimen. Entre estas consideraciones, como entre puntas de acero, se halló el corazón de San José herido de una pena o de muchas juntas, sin hallar de improviso otro sagrado con que aliviarse más de la asentada satisfacción que tenía de su esposa. Pero como todas las señales testificaban la impensada novedad y no se le ofrecía al santo varón alguna salida contra ellas, ni tampoco se atrevía a comunicar su dolorosa aflicción con persona alguna, hallábase rodeado de los dolores de la muerte (Sal 17, 5) y sentía con experiencia que la emulación es dura como el infierno (Cant 8, 6).

**378.** Quería discurrir a solas, y el dolor le suspendía las potencias. Si el pensamiento quería seguir al sentido en las sospechas, todas se desvanecían como el hielo a la fuerza del sol y como el humo en el viento, acordándose de la experimentada santidad de su recatada y advertida esposa. Si quería suspender el afecto de su castísimo amor, no podía, porque siempre la hallaba digno objeto

de ser amado, y la verdad, aunque oculta, tenía más fuerzas para atraer que el engaño aparente de la infidelidad para desviarle. No se podía romper aquel vínculo asegurado con fiadores tan abonados de verdad, de razón y de justicia. Para declararse con su divina esposa, no hallaba conveniencia, ni tampoco se lo permitía aquella igualdad severa y divinamente humilde que en ella conocía. Y aunque veía la mudanza en el vientre, no correspondía el proceder tan puro y santo a tal descuido como se pudiera presumir, porque aquella culpa no se compadecía con tanta pureza, igualdad, santidad, discreción, y con todas las gracias juntas en que era manifiesto el aumento cada día en María santísima.

**379.** Apeló de sus penas el santo esposo José para el tribunal del Señor, por medio de la oración, y puesto en su presencia, dijo: Altísimo Dios y Señor eterno, no son ocultos a vuestra divina presencia mis deseos y gemidos. Combatido me hallo de las violentas olas que por mis sentidos han llegado a herir mi corazón. Yo le entregué seguro a la esposa que recibí de vuestra mano. De su grande santidad he confiado (Prov 31, 11), y los testigos de la novedad que en ella veo me ponen en cuestión de dolor y temor de frustrarse mis esperanzas. Nadie que hasta hoy la ha conocido, pudo poner duda en su recato y excelentes virtudes, pero tampoco puedo negar que está preñada. Juzgar que ha sido infiel y que os ha ofendido, será temeridad a la vista de tan peregrina pureza y santidad; negar lo que la vista me asegura, es imposible; mas no lo será morir a fuerza de esta pena, si aquí no hay encerrado algún misterio que yo no alcanzo. La razón la disculpa, el sentido la condena. Ella me oculta la causa del preñado, yo le veo; ¿qué he de hacer? Conferimos al principio los votos de castidad que entramos prometimos para vuestra gloria, y si fuera posible que hubiera violado vuestra fe y la mía, yo defendiera vuestra

honra y por vuestro amor depusiera la mía. Pero ¿cómo tal pureza y santidad en todo lo demás se puede conservar, si hubiera cometido tan grave crimen? ¿Y cómo siendo santa y tan prudente me cела este suceso? Suspendo el juicio y me detengo, ignorando la causa de lo que veo. Derramo en vuestra presencia (Sal 141, 3) mi afligido espíritu, oh Dios de Abrahán, de Isaac y Jacob. Recibid mis lágrimas en acepto sacrificio, y si mis culpas merecieron vuestra indignación, obligaos, Señor, de vuestra propia clemencia y benignidad y no despreciéis tan vivas penas. No juzgo que María os ha ofendido, pero tampoco, siendo yo su esposo, puedo presumir misterio alguno de que no puedo ser digno. Gobernad mi entendimiento y corazón con vuestra luz divina, para que yo conozca y ejecute lo más acepto a vuestro beneplácito.

**380.** Perseveró en esta oración San José con muchos más afectos y peticiones; porque si bien se le representó que había algún misterio que él ignoraba en el preñado de María santísima, pero no se aseguraba en esto, porque no tenía más razones de las que por mayor se le ofrecían y para dar salida al juicio de que tenía culpa en el preñado, respetando la santidad de la divina Señora; y así no llegó al pensamiento del santo que podía ser Madre del Mesías. Suspendía las sospechas algunas veces, y otras se las aumentaban y arrastraban las evidencias, y así fluctuando padecía impetuosas olas por una y otra parte; y de mareado y rendido solía quedarse en una penosa calma, sin determinarse a creer cosa alguna con que vencer la duda y aquietarse el corazón y obrar conforme la certeza que de una parte u otra tuviera para gobernarse. Por esto fue tan grande el tormento de San José, que pudo ser evidente prueba de su incomparable prudencia y santidad, y merecer con este trabajo que le hiciera Dios idóneo para el singular beneficio que le prevenía.

**381. Todo lo que pasaba por el corazón de San José en secreto era manifiesto a la Princesa del cielo, que lo estaba mirando con ciencia divina y luz que tenía; y aunque su santísimo corazón estaba lleno de ternura y compasión de lo que padecía su esposo, no le hablaba palabra en ello, pero servíale con sumo rendimiento y cuidado. Y el varón de Dios al descuido la miraba con mayor cuidado que otro hombre jamás ha tenido; y como sirviéndole a la mesa y en otras ocupaciones domésticas la gran Señora, aunque el preñado no era grave ni penoso, hacía algunas acciones y movimientos con que era forzoso descubrirse más, atendía a todo San José y certificábase más de la verdad con mayor aflicción de su alma. Y no obstante que era santo y recto, pero después que se desposó con María santísima, se dejaba respetar y servir de ella, guardando en todo la autoridad de cabeza y varón, aunque lo templaba con rara humildad y prudencia. Pero mientras ignoró el misterio de su esposa juzgó que debía mostrarse siempre superior con la templanza conveniente, a imitación de los padres antiguos y patriarcas, de quienes no debía degenerar, para que las mujeres fuesen obedientes y rendidas a sus maridos. Y tenía razón en este modo de gobernarse, si María santísima, Señora nuestra, fuera como las demás mujeres. Mas aunque era tan diferente, ninguna hubo ni habrá jamás tan obediente, humilde y sujeta a su marido como lo estuvo la Reina eminentísima a su esposo. Servíale con incomparable respeto y puntualidad; y aunque conocía sus cuidados y atención a su preñado, no por eso se excusó de hacer todas las acciones que le tocaban, ni cuidó de disimular ni excusar la novedad de su divino vientre; porque este rodeo y artificio o duplicidad no se compadecía con la verdad y candidez angélica que tenía, ni con la generosidad y grandeza de su nobilísimo corazón.**

**382.** Bien pudiera la gran Señora alegar en su abono la verdad de su inocencia inculpable y la testificación de su prima Santa Isabel y San Zacarías, porque en aquel tiempo era cuando San José, si sospechara culpa en ella, se la podía mejor atribuir; y por este modo, o por otros, aunque no le manifestara el misterio, se podía disculpar y sacar de cuidado a San José. Pero nada hizo la Maestra de la prudencia y humildad, porque no se compadecía con estas virtudes volver por sí y fiar la satisfacción de tan misteriosa verdad de su propio testimonio; todo lo remitió con gran sabiduría a la disposición divina. Y aunque la compasión de su esposo y el amor que le tenía la inclinaban a consolarle y despenarle, no lo hizo disculpándose ni ocultando su preñado, sino sirviéndole con mayores demostraciones y procurando regalarle y preguntándole lo que deseaba y quería que ella hiciese y otras demostraciones de rendimiento y amor. Muchas veces le servía de rodillas, y aunque algo consolaba esto a San José, por otra parte le daba mayores motivos de afligirse, considerando las muchas causas que tenía para amar y estimar a quien no sabía si le había ofendido. Hacía la divina Señora continua oración por él y pedía el Altísimo le mirase y consolase; y remitíase toda a la voluntad de Su Majestad.

**383.** No podía San José ocultar del todo su acerbísima pena, y así estaba muchas veces pensativo, triste, suspenso; y llevado de este dolor hablaba a su divina esposa con alguna severidad más que antes, porque éste era como efecto inseparable de su afligido corazón y no por indignación ni venganza; que esto nunca llegó a su pensamiento, como se verá adelante (Cf. infra n. 388). Pero la prudentísima Señora no mudó su semblante ni hizo demostración alguna de sentimiento, antes por esto cuidaba más del alivio de su esposo. Servíale a la mesa, dábale el asiento, traíale la comida, administrábale la bebida, y después de todo esto, que hacía con



**incomparable gracia, la mandaba San José que se asentase y cada hora se iba asegurando más en la certeza del preñado. No hay duda que fue esta ocasión una de las que más ejercitaron no sólo a San José, pero a la Princesa del cielo, y que en ella se manifestó mucho la profundísima humildad y sabiduría de su alma santísima, y dio lugar el Señor a ejercitar y probar todas sus virtudes; porque no sólo no le mandó callar el sacramento de su preñado, pero no le manifestó su voluntad divina tan expresamente como en otros sucesos. Todo parece lo remitió Dios y lo fió de la ciencia y virtudes divinas de su escogida esposa, dejándola obrar con ellas sin otra especial ilustración o favor. Daba ocasión la divina providencia a María santísima y a su fidelísimo esposo San José, para que respectivamente cada uno ejercitase con heroicos actos las virtudes y dones que les había infundido, y deleitábase —a nuestro entender— con la fe, esperanza y amor, con la humildad, paciencia, quietud y serenidad de aquellos cándidos corazones en medio de tan dolorosa aflicción, y para engrandecer su gloria y dar al mundo este ejemplar de santidad y prudencia y oír los clamores dulces de la Madre santísima y su castísimo esposo, que le eran gratos y agradables; y que se hacía como sordo —a nuestro entender— porque los repitiesen, y disimulaba el responderles hasta el tiempo oportuno y conveniente.**

***Doctrina de la santísima Reina y Señora nuestra.***

**384. Hija mía carísima, altísimos son los pensamientos y fines del Señor, y su providencia con las almas es fuerte y suave, y en el gobierno de todas admirable, especialmente de sus amigos y escogidos. Y si los mortales acabasen de conocer el amoroso cuidado con que atiende a dirigirlos y encaminarlos este Padre de las misericordias, descuidarían más de sí mismos y no se entregarían a tan molestos, inútiles y peligrosos cuidados**

con que viven afanados y solicitando varias dependencias de otras criaturas; porque se dejarían seguros a la sabiduría y amor infinito, que con dulzura y suavidad paternal cuidaría de todos sus pensamientos, palabras y acciones y de todo lo que les conviene. No quiero que tú ignores esta verdad; pero que entiendas del Señor cómo desde su eternidad tiene en su mente divina presentes a todos los predestinados que han de ser en diversos tiempos y edades, y con la invencible fuerza de su infinita sabiduría y bondad va disponiendo y encaminando todos los bienes que les convienen, para que al fin se consiga lo que de ellos tiene el Señor determinado.

**385.** Por esto le importa tanto a la criatura racional dejarse encaminar de la mano del Señor, entregándose toda a su disposición divina; porque los hombres mortales ignoran sus caminos y el fin que por ellos han de tener, y no pueden por sí mismos hacer elección con su insipiencia, si no es con grande temeridad y peligro de su perdición. Pero si se entregan de todo corazón a la providencia del Altísimo, reconociéndole por Padre y a sí mismos por hijos y hechuras suyas, Su Majestad se constituye por su protector, amparo y gobernador con tanto amor, que quiere conozca el cielo y la tierra cómo es oficio que le toca a él mismo gobernar a los suyos y gobernar a los que de él se fían y se le entregan. Y si fuera Dios capaz de recibir pena o de tener celos como los hombres, los tuviera de que otra criatura se hiciera parte en el cuidado de las almas, y de que ellas acudan a buscar cosa alguna de las que necesitan en otro alguno fuera del mismo Señor, que lo tiene por su cuenta. Y no pueden los mortales ignorar esta verdad, si consideran lo que entre ellos mismos hace un padre por sus hijos, un esposo por su esposa, un amigo con otro y un príncipe con el privado a quien ama y quiere honrar. Todo esto es nada en comparación del amor que Dios tiene a los suyos

y lo que quiere y puede hacer por ellos.

**386.** Pero aunque por mayor y en general crean esta verdad los hombres, ninguno puede alcanzar cuál es el amor divino y sus efectos particulares con las almas que totalmente se resignan y dejan a su voluntad. Ni lo que tú, hija mía, conoces, lo puedes manifestar, ni conviene, mas no lo pierdas de vista en el Señor. Su Majestad dice (Lc 21, 18) que no perecerá un cabello de sus electos, porque todos los tiene numerados. El gobierna sus pasos a la vida y se los desvía de la muerte, atiende a sus obras, corrige sus defectos con amor, adelántase a sus deseos, anticipase en sus cuidados, defiéndeles en el peligro, los regala en la quietud, los conforta en la batalla, les asiste en la tribulación; defiéndelos del engaño con su sabiduría, santificalos con su bondad, fortalécelos con su poder; y como infinito, a quien nadie puede resistir ni impedir su voluntad, así ejecuta lo que puede y puede todo lo que quiere y quiere entregarse todo al justo que está en gracia y se fía de sólo él. ¡Quién puede ponderar cuántos y cuáles serán los bienes que derrama en un corazón dispuesto de esta manera para recibirlos!

**387.** Si tú, amiga mía, quieres que te alcance esta buena dicha, imítame con verdadero cuidado y conviértelo todo desde hoy a conseguir con eficacia una verdadera resignación en la providencia divina. Y si te enviare tribulaciones, penas o trabajos, recíbelos y abrázalos con igual corazón y serenidad, con quietud de tu espíritu, paciencia, fe viva y esperanza en la bondad del Altísimo, que siempre te dará lo más seguro y conveniente para tu salvación. No hagas elección de cosa alguna, que Dios sabe y conoce tus caminos; fíate de tu Padre y Esposo celestial, que con amor fidelísimo te patrocina y ampara; atiende a mis obras, pues no se ocultan: y advierte que fuera de los trabajos que tocaron a mi Hijo santísimo, el

mayor que padecí en mi vida fue el de las tribulaciones de mi esposo San José y sus penas en la ocasión que vas escribiendo.

## CAPITULO 2

*Auméntanse los recelos a San José, determina dejar a su esposa y hace oración sobre ello.*

388. En la tormenta de cuidados que combatían al rectísimo corazón de San José, procuraba tal vez con su prudencia buscar alguna calma y cobrar aliento en su afligido ahogo, discurriendo a solas y procurando reducir a duda el preñado de su esposa, pero de este engaño le sacaba cada día el aumento del vientre virginal, que con el tiempo se iba manifestando con mayores evidencias; y no hallaba otra causa el Santo glorioso adonde recurrir, y ésta se le frustraba y era poco constante, pues pasaba de la duda que buscaba a la certeza vehemente, cuanto más crecía el preñado. Y en sus aumentos estaba más agradable y sin sospecha de otros achaques la divina Princesa, que de todas maneras la iba perfeccionando en hermosura, salud, agilidad y belleza; cebos y motivos mayores de la sospecha y lazos de su castísimo amor y pena, sin poder apartar todos esos efectos a un tiempo con varias olas que le atormentaban y de manera le rindieron, que llegó a persuadirse del todo en la evidencia. Y aunque siempre se conformaba su espíritu con la voluntad de Dios, pero la carne enferma sintió lo sumo del dolor del alma, con que llegó a su punto, donde no halló salida alguna en la causa de su tristeza. Sintió quebranto o deliquio en las fuerzas del cuerpo, que aunque no llegó a ser enfermedad determinada, con todo eso se le debilitaron las fuerzas y puso algo macilento, y se le conocía en el rostro la profunda tristeza y melancolía que le afligía. Y como la padecía tan a solas sin buscar el alivio de comunicarla o desahogar por algún

camino el aprieto de su corazón, como lo hacen ordinariamente los otros hombres, con esto venía a ser más grave y menos reparable naturalmente la tribulación que el Santo padecía.

**389.** No era menos dolor el que a María santísima penetraba el corazón; pero aunque era grandísimo, era también mayor el espacio de su dilatadísimo y generoso ánimo y con él disimulaba sus penas, pero no el cuidado que le daban las de San José su esposo; con que determinó asistirle más y cuidar de su salud y regalo. Pero como en la prudentísima Reina era inviolable ley el obrar todas las acciones en plenitud de sabiduría y perfección, callaba siempre la verdad del misterio que no tenía orden de manifestar, y aunque sola ella era la que pudiera aliviar a su esposo San José por este camino, no lo hizo por respetar y guardar el sacramento del Rey celestial. Por sí misma hacía cuanto podía; hablábale en su salud y preguntábale qué deseaba hiciese ella para su servicio y alivio del achaque que tanto le desfallecía. Rogábale tomase algún descanso y regalo, pues era justo acudir a la necesidad y reparar las fuerzas desfallecidas del cuerpo para trabajar después por el Señor. Atendía San José a todo lo que su esposa divina hacía, y ponderando consigo aquella virtud y discreción y sintiendo los efectos santos de su trato y presencia, dijo: ¿Es posible que mujer de tales costumbres y donde tanto se manifiesta la gracia del Señor, me ponga a mí en tal tribulación? ¿Cómo se compadece esta prudencia y santidad con las señales que veo de haber sido infiel a Dios, y a mí, que tan de corazón la amo? Si quiero despedirla o alejarme, pierdo su deseable compañía, todo mi consuelo, mi casa y mi quietud. ¿Qué bien hallaré como ella, si me retiro? ¿Qué consuelo, si me falta éste? Pero todo pesa menos que la infamia de tan infeliz fortuna y que de mí se entienda he sido cómplice en algún delito. Ocultarse el suceso, no es posible, porque

todo lo ha de manifestar el tiempo, aunque yo ahora lo disimule y calle. Hacerme yo autor de este preñado, será mentira vil contra mi propia conciencia y reputación. Ni lo puedo reconocer por mío, ni atribuirlo a la causa que ignoro. Pues ¿qué haré en tal aprieto? El menor de mis males será ausentarme y dejar mi casa, antes que llegue el parto, en que me hallaré más confuso y afligido, sin saber qué consejo y determinación tomaré, viendo en mi casa hijo que no es mío.

**390.** La Princesa del cielo, que con gran dolor miraba la determinación de su esposo San José en dejarla y ausentarse, convirtiéndose a los santos ángeles y custodios suyos, y dijoles: Espíritus bienaventurados y ministros del supremo Rey que os levantó a la felicidad de que gozáis y por su dignación me acompañáis como fidelísimos siervos suyos y centinelas mías, yo os pido, amigos míos, que presentéis a su clemencia las aflicciones de mi esposo José. Pedid que le consuele y mire como verdadero Dios y Padre. Y vosotros, que prestamente obedecéis a sus palabras, oíd también mis ruegos; por el que siendo infinito se quiso encarnar en mis entrañas, os lo pido, ruego y suplico, que sin dilación acudáis al aprieto en que se halla el corazón fidelísimo de mi esposo, y aliviándole de sus penas le quitéis del ánimo y pensamiento la determinación que ha tomado de ausentarse.—Obedecieron a su Reina los Ángeles que destinó para este fin y luego ocultamente enviaron al corazón de San José muchas inspiraciones santas, persuadiéndole de nuevo que su esposa María era santa y perfectísima, que no se podía creer de ella cosa indigna, que Dios era incomprendible en sus obras y ocultísimo en sus rectos juicios y que siempre era fidelísimo en los que confían en Él, que a nadie desprecia ni desampara en la tribulación.

**391.** Con estas y otras inspiraciones santas se sosegaba

un poco el turbado espíritu de San José, aunque no sabía por el orden que le venían; pero como el objeto de su tristeza no se mejoraba, luego volvía a ella sin hallar salida de cosa fija y cierta en que asegurarse, y volvió a renovar los intentos de ausentarse y dejar a su esposa. Conociendo esto la divina Señora, juzgó que ya era necesario prevenir este peligro y pedir al Señor con más instancia el remedio. Convirtiéndose toda a su Hijo santísimo que tenía en su vientre, y con íntimo afecto y fervor le dijo: Señor y bien de mi alma, si me dais licencia, aunque soy polvo y ceniza, hablaré en vuestra presencia real y manifestaré mis gemidos que a vos no pueden esconderse. Justo es, Dueño mío, que yo no sea remisa en ayudar al esposo que me disteis de vuestra mano. Véolo en la tribulación que está puesto, por vuestra providencia, y no será piedad dejarle en ella. Si hallo gracia en vuestros ojos (Ex 34, 9), suplicóos, Señor y Dios eterno, por el amor que os obligó a venir a las entrañas de vuestra esclava para remedio de los hombres, tengáis por bien de consolar a vuestro siervo José y disponerle para que ayude al cumplimiento de vuestras grandes obras. No estará bien vuestra esclava sin esposo que la ampare y patrocine y le sirva de resguardo. No permitáis, Dios y Señor mío, que ejecute su determinación y ausentándose me deje.

392. Respondió el Altísimo a esta petición: Paloma y amiga mía, yo acudiré con presteza al consuelo de mi siervo José y, en declarándole yo por medio de mi Ángel el sacramento que ignora, le podrás hablar en él con claridad todo lo que contigo he obrado, sin que para adelante guardes en esto más silencio. Yo le llenaré de mi espíritu y le haré capaz de lo que debe hacer en estos misterios. Y él te ayudará en ellos y te asistirá a todo lo que te sucediere.—Con esta promesa del Señor quedó María santísima confortada y consolada, dando rendidas gracias al mismo Señor que con tan

admirable orden disponía todas las cosas en medida y peso (Sab 11, 21); porque a más del consuelo que tuvo la gran Señora, quedando sin aquel cuidado, conoció cuan conveniente era para su esposo José haber padecido aquella tribulación en que se probase y dilatase su espíritu para las cosas grandes que se habían de fiar de él.

**393.** Al mismo tiempo estaba San José confiriendo sus dudas consigo mismo, habiendo ya pasado dos meses en esta gran tribulación; y vencido de la dificultad, dijo: Yo no hallo medio más oportuno a mi dolor que ausentarme. Mi esposa confieso que es perfectísima, y nada veo en ella que no la acredite por santa, pero al fin está preñada y no alcanzo este misterio. No quiero ofender su virtud con entregarla a la ejecución de la ley, pero tampoco puedo aguardar el suceso del preñado. Partiré luego y dejaréme a la providencia del Señor que me gobierne.—Determinó partir aquella noche siguiente, y para la jornada previno un vestido que tenía con alguna ropa que mudarse, y todo lo juntó en un fardelillo. Había cobrado un poco de dinero que de su trabajo le debían y con esta recámara dispuso partir a media noche. Pero por la novedad del caso, y por la costumbre, habiéndose recogido con este intento, hizo oración al Señor, y le dijo: **Altísimo Dios eterno de nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob, verdadero y único amparo de los pobres y afligidos, manifiesto es a vuestra clemencia el dolor y aflicción de que mi corazón está poseído, y también, Señor, conocéis, aunque soy indigno, mi inocencia en la causa de mi pena y la infamia y peligro que me amenaza del estado de mi esposa. No la juzgo por adúltera, porque conozco en ella grandes virtudes y perfección, pero con certeza veo que está preñada. La causa y el modo del suceso yo lo ignoro, mas no le hallo salida en que quietarme. Determino por menor daño el alejarme de ella a donde nadie me conozca y entregado a vuestra**



**providencia acabaré mi vida en un desierto. No me desamparéis, Señor mío y Dios eterno, porque sólo deseo vuestra mayor honra y servicio.**

**394. Postróse en tierra San José haciendo voto de llevar al templo de Jerusalén a ofrecer parte de aquel poco dinero que tenía para su viaje; y esto era porque Dios amparase y defendiese a su esposa María de las calumnias de los hombres y la librase de todo mal. Tanta era la rectitud del varón de Dios y el aprecio que hacía de la divina Señora. Después de esta oración se recogió a dormir un poco, para salirse a media noche a excusa de su esposa; y en el sueño le sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. La gran Princesa del cielo, segura de la divina palabra, estaba desde su retiro mirando lo que San José hacía y disponía; que el Todopoderoso se lo mostraba. Y conociendo el voto que por ella había hecho y el fardillo y peculio tan pobre que había prevenido, llena de ternura y compasión, hizo nueva oración por él con hacimiento de gracias, alabando al Señor en sus obras y en el orden con que las dispone sobre todo el pensamiento de los hombres. Dio lugar Su Majestad para que entrambos, María santísima y San José, llegasen al extremo del aprieto y dolor interior, para que, a más de los méritos que con este dilatado martirio acumulaban, fuese más admirable y estimable el beneficio de la consolación divina. Y aunque la gran Señora estaba constantísima en la fe y esperanza de que el Altísimo acudiría oportunamente el remedio de todo, y por esto callaba y no manifestaba el sacramento del Rey, que no le había mandado declarar, con todo eso la afligió muchísimo la determinación de San José; porque se le representaron los grandes inconvenientes de dejarla sola, sin arrimo y compañía que la amparase y consolase por el orden común y natural, pues no todo se había de buscar por orden milagroso y sobrenatural. Pero todos estos ahogos no fueron bastantes a que faltase a**

**ejercitar virtudes tan excelentes como la de la magnanimidad, tolerando las aflicciones, sospechas y determinaciones de San José; la de la prudencia, mirando que el sacramento era grande y que no era bien por sí determinarse en descubrirle; la del silencio, callando como mujer fuerte, señalándose entre todas, sabiendo detenerse en no decir lo que tantas razones humanas había para hablar; la paciencia, sufriendo; y la humildad, dando lugar a las sospechas de San José. Y otras muchas virtudes ejercitó admirablemente en este trabajo, con que nos enseñó a esperar el remedio del Altísimo en las mayores tribulaciones.**

***Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.***

**395. Hija mía, la doctrina que te doy, con el ejemplar que has escrito de mi silencio, sea que le tengas por arancel para gobernarte en los favores y sacramentos del Señor, guardándolos en el secreto de tu pecho. Y aunque te parezca conveniente para el consuelo de alguna alma manifestarlos, este juicio no le debes hacer por ti sola, sin primero consultarlo con Dios y después con la obediencia; porque estas materias espirituales no se han de gobernar por afecto humano, donde obran tanto las pasiones o inclinaciones de la criatura, y con ellas hay grande peligro de que juzgue por conveniente lo que es pernicioso y por servicio de Dios lo que es ofensa suya; y el discernir entre los movimientos interiores, conociendo cuáles son divinos que nacen de la gracia, y cuáles humanos, engendrados de afectos desordenados, esto no se alcanza con los ojos de la carne y de la sangre. Y aunque distan mucho estos dos afectos y sus causas, con todo eso, si la criatura no está muy ilustrada y muerta a las pasiones, no puede conocer esta diferencia ni separar lo precioso de lo vil. Y este peligro es mayor cuando concurre o interviene algún motivo temporal y humano, porque entonces el amor propio y natural se suele**

**introducir a dispensar y gobernar las cosas divinas y espirituales con repetidos y peligrosos precipicios.**

**396. Sea, pues, documento general, que si no es a quien te gobierna, jamás sin orden mío declares cosa alguna. Y pues yo me he constituido por tu maestra, no faltaré a darte orden y consejo en esto y en todo lo demás, para que no te desvíes de la voluntad de mi Hijo santísimo. Pero advierte que hagas grande aprecio de los favores y beneficios del Altísimo. Trátalos con magnificencia (Eclo 39, 20), y prefiere su estimación, agradecimiento y ejecución a todas las cosas inferiores, y más a las que son de tu inclinación. A mí me obligó mucho al silencio el temor reverencial que tuve, juzgando como debía por tan estimable el tesoro que en mí estaba depositado. Y no obstante la obligación natural y el amor que tenía a mi señor y esposo San José y el dolor y compasión de sus aflicciones de que yo deseara sacarle, disimulé y callé, anteponiendo a todo el gusto del Señor y remitiéndole la causa que él reservaba para sí solo. Aprende también con esto a no disculparte jamás, aunque más inocente te halles, en lo que te imputan. Obliga al Señor, fiándolo de su amor. Pon por su cuenta tu crédito; y en el ínterin vence con paciencia, humildad y con obras y palabras blandas a quien te ofendiere. Sobre todo esto, te advierto que jamás de nadie juzgues mal, aunque veas a los ojos indicios que te muevan; que la caridad perfecta y sencilla te enseñará a dar salida prudente a todo y a deshacer las culpas ajenas. Y para esto puso Dios por ejemplo a mi esposo San José, pues nadie tuvo más indicios y ninguno fue más prudente en detener el juicio; porque en ley de caridad discreta y santa, prudencia es y no temeridad remitirse a causas superiores que no se alcanzan, antes que juzgar y culpar a los prójimos en lo que no es manifiesta culpa. No te doy aquí especial doctrina para los del estado del matrimonio, porque la tienen manifiesta en el discurso de mi vida; y de ésta se pueden**

aprovechar todos, aunque ahora la enderezo a tu aprovechamiento, que deseo con especial amor. Oyeme, carísima, y ejecuta mis consejos y palabras de vida.

### CAPITULO 3

*Habla el ángel del Señor a San José en sueños y le declara el misterio de la encarnación, y los efectos de esta embajada.*

**397.** El dolor de los celos es tan vigilante despertador a quien los tiene, que repetidas veces, en lugar de despertarle, le desvela y le quita el reposo y sueño. Nadie padeció esta dolencia como San José, aunque en la verdad ninguno tuvo menos causa para ellos, si entonces la conociera. Era dotado de grande ciencia y luz para penetrar y ver la santidad y condiciones de su divina esposa, que eran inestimables. Y encontrándose en esta noticia las razones que le obligaban a dejar la posesión de tanto bien, era forzoso que *añadiendo ciencia* de lo que perdía, *añadiese el dolor* (Ecl 1,18) de dejarlo. Por esta razón excedió el dolor de San José a todo lo que en esta materia han padecido los hombres, porque ninguno hizo mayor concepto de su pérdida, ni nadie pudo conocerla ni estimarla como él. Pero junto con esto hubo una gran diferencia entre los celos o recelos de este fiel siervo y los demás que suelen padecer este trabajo. Porque los celos añaden al vehemente y ferviente amor un gran cuidado de no perder y conservar lo que se ama, y a este afecto, por natural necesidad, se sigue el dolor de perderlo e imaginar que alguno se le puede quitar; y este dolor o dolencia es la que comúnmente llaman celos, y en los sujetos que tienen las pasiones desordenadas, por falta de prudencia y de otras virtudes, suele causar la pena y dolor efectos desiguales de ira, furor, envidia contra la misma persona amada, o contra el consorte que impide el retorno del amor, ahora sea mal o bien orde-

nado; y levántanse las tempestades de imaginaciones y sospechas adelantadas, que las mismas pasiones engendran, de que se originan las veleidades de querer y aborrecer, de amar y arrepentirse, y la irascible y concupiscible andan en continua lucha, sin haber razón ni prudencia que las sujete e impere, porque este linaje de dolencia oscurece el entendimiento, pervierte la razón y arroja de sí a la prudencia.

**398.** Pero en San José no hubo estos desórdenes viciosos, ni pudo tenerlos, no sólo por su insigne santidad, sino por la de su esposa, porque en ella no conocía culpa que le indignase, ni hizo concepto el santo que tenía empleado su amor en otro alguno, contra quien o de quien tuviese envidia para repelerle con ira. Y sólo consintieron los celos de San José en la grandeza de su amor una duda o sospecha condicionada de que si su castísima esposa le había correspondido en el amor; porque no hallaba cómo vencer esta duda con la razón determinada como lo eran los indicios del recelo. Y no fue menester más certeza de su cuidado para que el dolor fuese tan vehemente, porque en prenda tan propia como la esposa justo es no admitir consorte, y para que las experiencias obrasen tal dolencia bastaba que el amor vehemente y casto del Santo poseyera todo el corazón a vista del menor indicio de infidelidad y de perder el más perfecto, hermoso y agradable objeto de su entendimiento y voluntad. Que cuando el amor tiene tan justos motivos, grandes y eficaces son los lazos y coyundas que le detienen, fortísimas las prisiones, y más, no habiendo contrarios de imperfecciones que las rompan. Que nuestra Reina en lo divino, ni natural, no tenía cosa que moderase y templase el amor de su santo esposo, sino que le fomentase por repetidos títulos y causas.

**399.** Con este dolor, que ya llegó a tristeza, se quedó un

poco dormido San José después de la oración que arriba dije, seguro que se despertaría a su tiempo para salir de su casa a media noche, sin que a su parecer fuese sentido de su esposa. Estaba la divina Señora aguardando el remedio y solicitando con sus humildes peticiones el reparo, porque conocía que, llegando la tribulación de su turbado esposo a tal punto y a lo sumo del dolor, se acercaba el tiempo de la misericordia y del alivio de tan afligido corazón. Envió el Altísimo al santo Arcángel Gabriel para que, estando San José durmiendo, le manifestase por divina revelación el misterio del preñado de su esposa María. Y el Ángel, cumpliendo esta legacía, fue a San José, y le habló en sueños, como dice San Mateo (Mt 1, 20-23), y le declaró todo el misterio de la encarnación y redención en las palabras que el evangelista refiere. Alguna admiración puede hacer —y a mí me la ha motivado— por qué el Santo Arcángel habló a San José en sueños y no en vela, pues el misterio era tan alto y no fácil de entender, y más en la disposición del santo tan turbada y afligida, y a otros se les manifestó el mismo sacramento, no durmiendo, sino estando despiertos.

400. En estas obras del Señor la última razón es de su divina voluntad en todo justa, santa y perfecta; pero de lo que he conocido diré algunas cosas, como pudiere, para nuestra enseñanza. La primera razón es porque San José era tan prudente y lleno de divina luz y tenía tan alto concepto de María santísima Señora nuestra, que no fue necesario persuadirle por medios más fuertes, para que se asegurase de su dignidad y de los misterios de la encarnación; porque en los corazones dispuestos se logran bien las inspiraciones divinas. La segunda razón fue porque su turbación había comenzado por los sentidos, viendo el preñado de su esposa, y fue justo que, si ellos dieron motivo al engaño o sospecha, fuesen como mortificados y privados de la visión angélica y de que por

ellos entrase el desengaño de la verdad. La tercera razón es como consiguiente a ésta, porque San José, aunque no cometió culpa, padeció aquella turbación con que los sentidos quedaron como entorpecidos y poco idóneos para la vista y comunicación sensible del Santo Ángel; y así era conveniente que le hablase y diese la embajada en ocasión que los sentidos, escandalizados de antes, estuviesen entonces impedidos con la suspensión de sus operaciones; y después el santo varón, estando en ellos, se purificó y dispuso con muchos actos, como diré, para recibir el influjo del Espíritu Santo; que para todo impedía la turbación.

401. De estas razones se entenderá por qué Dios hablaba en sueños a los padres antiguos, más que ahora con los fieles hijos de la ley evangélica, donde es menos ordinario este modo de revelaciones en sueños y más frecuente hablar los ángeles con mayor manifestación y comunicación. La razón de esto es porque, según la divina disposición, el mayor impedimento y óbice que indisponen para que las almas no tengan muy familiar trato y comunicación con Dios y sus Ángeles, son los pecados, aunque sean leves, y aun las imperfecciones de nuestras operaciones. Y después que el Verbo divino se humanó y trató con los hombres, se purificaron los sentidos y se purifican cada día nuestras potencias, quedando santificadas con el buen uso de los sacramentos sensibles, con que en algún modo se espiritualizan y elevan, se desentorpecen y habilitan en sus operaciones para la participación de las influencias divinas. Y este beneficio debemos más que los antiguos a la sangre de Cristo nuestro Señor, en cuya virtud somos santificados por los sacramentos, recibiendo en ellos efectos divinos de gracias especiales y en algunos el carácter espiritual que nos señala y dispone para más altos fines. Pero cuando el Señor hablaba o habla ahora alguna vez en sueños, excluye a las operaciones de los sentidos, como

**ineptas o indispuestas para entrar en las bodas espirituales de su comunicación e influjos espirituales.**

**402. Colítese también de esta doctrina, que para recibir el alma los favores ocultos del Señor no sólo se requiere que esté sin culpa y que tenga merecimientos y gracia, sino que tenga también quietud y tranquilidad de paz; porque si está turbada la república de las potencias, como en el santo José, no está dispuesta para efectos tan divinos y delicados como los que recibe el alma con la vista del Señor y sus caricias. Y esto es tan ordinario, que por mucho que esté mereciendo la criatura con la tribulación y padeciendo aflicciones, cual estaba el esposo de la Reina, con todo eso, impide aquella alteración, porque en el padecer hay trabajo y conflicto con las tinieblas y el gozar es descansar en paz en la posesión de la luz, y no es compatible con ella estar a la vista de las tinieblas aunque sea para desterrarlas. Pero en medio del conflicto y pelea de las tentaciones, que es como en sueños o de noche, se suele sentir y percibir la voz del Señor por medio de los Ángeles, como sucedió a nuestro santo José, que oyó y entendió todo lo que decía San Gabriel, que no temiese estar con su esposa María, porque era obra del Espíritu Santo lo que tenía en su vientre, y pariría un hijo, a quien llamaría Jesús, y sería Salvador de su pueblo, y en todo este misterio se cumpliría la profecía de Isaías, que dijo (Is 7, 14) cómo concebiría una Virgen y pariría un hijo que se llamaría Emmanuel, que significa Dios con nosotros. No vio San José al Ángel con especies imaginarias, sólo oyó la voz interior y en ella entendió el misterio. De las palabras que le dijo se colige que ya San José en su determinación había dejado a María santísima, pues le mandó que sin temor la recibiese.**

**403. Despertó San José capaz del misterio revelado y que su esposa era Madre verdadera del mismo Dios. Y**



entre el mismo gozo de su dicha y no pensada suerte y el nuevo dolor de lo que había hecho, se postró en tierra y con otra humilde turbación, temeroso y alegre, hizo actos heroicos de humildad y reconocimiento. Dio gracias al Señor por el misterio que le había revelado y por haberle hecho Su Majestad esposo de la que escogió por Madre, no mereciendo ser esclavo suyo. Con este conocimiento y acciones de las virtudes, quedó sereno el espíritu de San José y dispuesto para recibir nuevos efectos del Espíritu Santo. Y con la duda y turbación pasada se asentaron en él los fundamentos muy profundos de la humildad, que había de tener a quien se fiaba la dispensación de los más altos consejos del Señor; y la memoria de este suceso fue un magisterio que le duró toda la vida. Hecha esta oración a Dios, comenzó el santo varón a reprenderse a sí mismo a solas, diciendo: Oh esposa mía divina y mansísima paloma, escogida por el Muy Alto para morada y Madre suya, ¿cómo este indigno esclavo tuvo osadía para poner en duda tu fidelidad? ¿Cómo el polvo y ceniza dio lugar a que le sirviese la que es Reina del cielo y tierra y Señora de todo lo criado? ¿Cómo no he besado el suelo que tocaron tus plantas? ¿Cómo no he puesto todo el cuidado en servirte de rodillas? ¿Cómo levantaré mis ojos a tu presencia y me atreveré a estar en tu compañía y desplegar mis labios para hablarte? Señor y Dios eterno, dadme gracia y fuerzas para pedirle me perdone, y poned en su corazón que use de misericordia y no desprecie a este reconocido siervo, como lo merezco. ¡Ay de mí, que como estaba llena de luz y gracia, y en sí encierra el autor de la luz, le serían patentes todos mis pensamientos y, habiéndolos tenido de dejarla con efecto, atrevimiento será parecer delante sus ojos! Conozco mi grosero proceder y pesado engaño, pues a vista de tanta santidad admití indignos pensamientos y dudas de la fidelísima correspondencia que yo merecía. Y si en castigo mío permitiera vuestra justicia que yo ejecutara mi errada determinación, ¿cuál

**fuera ahora mi desdicha? Eternamente agradeceré, altísimo Señor, tan incomparable beneficio. Dadme, Rey poderosísimo, con qué volver alguna digna retribución. Iré a mi señora y esposa, confiado en la dulzura de su clemencia, y postrado a sus pies le pediré perdón, para que por ella, vos, mi Dios y Señor eterno, me miréis como Padre y perdonéis mi desacierto.**

**404. Con esta mudanza salió el santo esposo de su pobre aposento, hallándose despierto tan diferente, como dichoso, de cual se había recogido al sueño. Y como la Reina del cielo estaba siempre retirada, no quiso despertarla de la dulzura de su contemplación, hasta que ella quisiese (Cant 2, 7). En el ínterin deslió el varón de Dios el fardelillo que había prevenido, derramando abundantes lágrimas con afectos muy contrarios de los que antes había sentido y llorado. Y comenzando a reverenciar a su divina esposa, previno la casa, limpió el suelo que habían de hollar las sagradas plantas y preparó otras hacenduelas que solía remitir a la divina Señora cuando no conocía su dignidad, y determinó mudar de intento y estilo en el proceder con ella, aplicándose a sí mismo el oficio de siervo y a ella de señora. Y sobre esto desde aquel día tuvieron entre los dos admirables contiendas sobre quién había de servir y mostrarse más humilde. Todo lo que pasaba por San José estaba mirando la Reina de los cielos, escondérsele pensamiento ni movimiento alguno. Y cuando fue hora, llegó el santo al aposento de Su Alteza, que le aguardaba con la mansedumbre, gusto y agrado que diré en el capítulo siguiente.**

***Doctrina que me dio la divina Señora María santísima.***

**405. Hija mía, en lo que has entendido sobre este capítulo, tienes un dulce motivo de alabar al Señor, conociendo el orden admirable de su sabiduría en afligir**

y consolar (1 Sam 2, 6) a sus siervos y escogidos; en lo uno y otro sapientísimo y piadosísimo para sacarlos de todo con mayores aumentos de merecimiento y gloria. Sobre esta advertencia quiero que tú recibas otra muy importante para tu gobierno y para el estrecho trato que quiere el Altísimo contigo. Esto es, que procures con toda atención conservarte siempre en tranquilidad y paz interior, sin admitir turbación que te la quite ni impida por ningún suceso de esta vida mortal, sirviéndote de ejemplo y doctrina lo que sucedió a mi esposo San José en la ocasión que has escrito. No quiere el Altísimo que con la tribulación se turbe la criatura, sino que merezca, no que desfallezca, sino que haga experiencias de lo que puede con la gracia. Y aunque los vientos fuertes de las tentaciones suelen arrojar al puerto de la mayor paz y conocimiento de Dios y de la misma turbación puede la criatura sacar su conocimiento y humillación, pero si no se reduce a la tranquilidad y sosiego interior, no está dispuesta para que la visite el Señor, la llame y levante a sus caricias; porque no viene Su Majestad en torbellino (3 Re 19, 12), ni los rayos de aquel supremo Sol de Justicia se perciben, mientras no hay sereno en las almas.

406. Y si la falta de este sosiego impide tanto para el trato íntimo del Altísimo, claro está que las culpas son mayor óbice para alcanzar este beneficio grande. En esta doctrina te quiero muy atenta y que no pienses tienes derecho para usar de tus potencias contra ella. Y pues tantas veces has ofendido al Señor, clama a su misericordia, llora y lávate ampliamente (Sal 50, 4), y advierte que tienes obligación, pena de ser condenada por infiel, de guardar tu alma y conservarla para eterna morada del Todopoderoso, pura, limpia y serena, para que su Dueño la posea y dignamente habite en ella. El orden de tus potencias y sentidos ha de ser una armonía de instrumentos de música suavísima y delicada, y cuanto más lo son, tanto mayor es el peligro de destemplarse, y

el cuidado ha de ser mayor, por esta razón, de guardarlos y conservarlos intactos de todo lo terreno; porque sólo el aire infecto de los objetos mundanos basta para destemplan, turbar e inficionar las potencias tan consagradas a Dios. Trabaja, pues, y vive cuidadosa contigo misma y ten imperio sobre tus potencias y sus operaciones. Y si alguna vez te destemplares, turbares o desconcertares en este orden, procura atender a la divina luz, recibéndola sin inmutación ni recelos y obrando con ella lo más perfecto y puro. Y para esto te doy por ejemplo a mi santo esposo José, que sin tardanza ni sospecha dio crédito al Santo Ángel y luego con pronta obediencia ejercitó lo que le fue mandado; con que mereció ser levantado a grandes premios y dignidad. Y si tanto se humilló, sin haber pecado en lo que hizo, sólo por haberse turbado con tantos fundamentos, aunque aparentes, considera tú, que eres un pobre gusanillo, cuánto debes reconocerte y pegarte con el polvo, llorando tus negligencias y culpas, hasta que el Altísimo te mire como Padre y como Esposo.

## CAPITULO 4

*Pide San José perdón a María santísima su esposa, y la divina Señora le consuela con gran prudencia.*

407.     Aguardaba el reconocido esposo San José que María santísima y esposa suya saliera del recogimiento, y cuando fue hora abrió la puerta del pobre aposento donde habitaba la Madre del Rey celestial y luego el santo esposo se arrojó a sus pies y con profunda humildad y veneración la dijo: Señora y esposa mía, Madre verdadera del eterno Verbo, aquí está vuestro siervo postrado a los pies de vuestra clemencia. Por el mismo Dios y Señor vuestro, que tenéis en vuestro virginal vientre, os pido perdonéis mi atrevimiento. Seguro estoy, Señora, que ninguno de mis pensamientos es oculto a

**vuestra sabiduría y luz divina. Grande fue mi osadía en intentar dejaros y no ha sido menor la grosería con que hasta ahora os he tratado como a mi inferior, sin haberos servido como a Madre de mi Señor y Dios. Pero también sabéis que lo hice todo con ignorancia, porque no sabía el sacramento del Rey celestial y la grandeza de vuestra dignidad, aunque veneraba en vos otros dones del Altísimo. No atendáis, Señora mía, a las ignorancias de una vil criatura, que ya reconocida ofrece el corazón y la vida a vuestro obsequio y servicio. No me levantaré de vuestros pies, sin saber que estoy en vuestra gracia y perdonado de mi desorden, alcanzada vuestra benevolencia y bendición.**

**408. Oyendo María santísima las humildes razones de San José su esposo, sintió diversos efectos; porque con gran ternura se alegró en el Señor, de verle capaz de los misterios de la encarnación, que los confesaba y veneraba con tan alta fe y humildad. Pero afligióla un poco la determinación, que vio en el mismo esposo, de tratarla para adelante con el respeto y rendimiento que ofrecía, porque con esta novedad se le representó a la humilde Señora que se le iba de las manos la ocasión de obedecer y humillarse como sierva de su esposo. Y como el que de repente se halla sin alguna joya o tesoro que grandemente estimaba, así María santísima se contristó con aprehender que San José no la trataría como a inferior y sujeta en todo, por haberla conocido Madre del Señor. Levantó de sus pies al santo esposo y ella se puso a los suyos, y aunque procuró impedirla, no pudo, porque en humildad era invencible, y respondiendo a San José, dijo: Yo, señor y esposo mío, soy la que debo pedir os me perdonéis, y vos quien ha de remitir las penas y amarguras que de mí habéis recibido, y así os lo suplico puesta a vuestros pies, y que olvidéis vuestros cuidados, pues el Altísimo admitió vuestros deseos y las aflicciones que en ellos padecisteis.**

**409. Parecióle a la divina Señora consolar a su esposo, y para esto y no para disculparse, añadió y le dijo: Del oculto sacramento que en mí tiene encerrado el brazo del Altísimo, no pudo mi deseo daros noticia alguna por sola mi inclinación, porque como esclava de Su Alteza era justo aguardar su voluntad perfecta y santa. No callé porque no os estimo como a mi señor y esposo; siempre soy y seré fiel sierva vuestra, correspondo a vuestros deseos y afectos santos. Pero lo que con lo íntimo de mi corazón os pido por el Señor que tengo en mis entrañas, es que en vuestra conversación y trato no mudéis el orden y estilo que hasta ahora. No me hizo el Señor Madre suya para ser servida y ser señora en esta vida, sino para ser de todos sierva y de vos esclava, obedeciendo a vuestra voluntad. Este es, señor, mi oficio, y sin él viviré afligida y sin consuelo. Justo es que me le deis, pues así lo ordenó el Altísimo, dándome vuestro amparo y solicitud, para que yo a vuestra sombra esté segura y con vuestra ayuda pueda criar al fruto de mi vientre, a mi Dios y Señor. Con estas razones y otras llenas de suavidad efficacísima consoló y sosegó María santísima a San José y le levantó del suelo para conferir todo lo que era necesario. Y para esto, como la divina Señora no sólo **estaba llena de Espíritu Santo, pero tenía consigo, como Madre, al Verbo divino de quien procede con el Padre**, obró con especial modo en la ilustración de San José, y recibió el santo gran plenitud de las divinas influencias. Y renovado todo en fervor y espíritu dijo:**

**410. Bendita sois, Señora, entre todas las mujeres, dichosa y bienaventurada en todas las naciones y generaciones. Sea engrandecido con alabanza eterna el Criador de cielo y tierra, porque de lo supremo de su real trono os miró y eligió para su habitación y en vos sola nos cumplió las antiguas promesas que hizo a nuestros padres y profetas. Todas las generaciones le bendigan,**

porque con ninguna se magnificó tanto como lo hizo con vuestra humildad, y a mí, el más vil de los vivientes, por su divina dignación me eligió por vuestro siervo.—En estas bendiciones y palabras que habló San José estuvo ilustrado del Espíritu divino, al modo que Santa Isabel cuando respondió a la salutación de nuestra Reina y Señora, aunque la luz y ciencia que recibió el santísimo esposo fue admirable, como para su dignidad y ministerio convenía. Y la divina Señora, oyendo las palabras del bendito Santo, respondió también con el cántico de *Magnificat*, que repitiéndolo como lo había dicho a Santa Isabel, añadió otros nuevos, y en ellos fue toda inflamada y elevada en un éxtasis altísimo y levantada de la tierra en un globo de refulgente luz que la rodeaba, y toda quedó transformada como con dotes de gloria.

411. Con la vista de tan divino objeto quedó San José admirado y lleno de incomparable júbilo, porque nunca había visto a su benditísima esposa con semejante gloria y eminente excelencia. Y entonces la conoció con gran claridad y plenitud, porque se le manifestó juntamente la integridad y pureza de la Princesa del cielo y el misterio de su dignidad, y vio y conoció en su virginal tálamo a la humanidad santísima del niño Dios y la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo; y con profunda humildad y reverencia le adoró y reconoció por su verdadero Redentor y con heroicos actos de amor se ofreció a Su Majestad. Y el Señor le miró con benignidad y clemencia, cual a ninguna otra criatura, porque le aceptó y dio título de padre putativo, y para corresponder a tan nuevo renombre le dio tanta plenitud de ciencia y dones celestiales como la piedad cristiana puede y debe presumir. Y no me detengo en decir lo mucho que de las excelencias de San José se me ha declarado, porque sería menester alárgame más de lo que pide el intento de esta Historia.

**412. Pero si fue argumento de la grandeza del ánimo del glorioso San José y claro indicio de su insigne santidad, no morir o desfallecer con los celos de su amada esposa, de mayor admiración es que no le oprimiese el inopinado gozo que recibió con lo que le sucedió en este desengaño. En lo primero se descubrió su santidad; pero en lo segundo recibió tales aumentos y dones del Señor, que si no le dilatara Dios el corazón ni los pudiera recibir, ni resistir el júbilo de su espíritu. En todo fue renovado y elevado, para tratar dignamente con la que era Madre del mismo Dios y esposa propia suya y para dispensar juntamente con ella lo que era necesario al misterio de la encarnación y crianza del Verbo humanado, como adelante diré. Y para que en todo quedase más capaz y reconociese las obligaciones de servir a su divina esposa, se le dio también noticia que todos los dones y beneficios recibidos de la mano del Altísimo le habían venido por ella y para ella y los de antes de ser su esposo, por haberlo elegido el Señor para esta dignidad, y los que entonces le daban, por haberlos ella granjeado y merecido. Y conoció la incomparable prudencia con que la gran Señora había procedido con el mismo santo, no sólo en servirle con tan inviolable obediencia y profunda humildad, pero consolándole en su tribulación, solicitándole la gracia y asistencia del Espíritu Santo, disimulando con suma discreción, y después pacificándole, quietándole y disponiéndole para que estuviese apto y capaz de recibir las influencias del divino Espíritu. Y así como la Princesa del cielo había sido el instrumento de la santificación del San Juan Bautista y de su madre Santa Isabel, lo fue también para la plenitud de gracia que recibió San José con mayor abundancia. Y todo lo conoció y entendió el dichosísimo esposo y correspondió a todo como siervo fidelísimo y agradecido.**

**413. De estos grandes sacramentos y otros muchos que sucedieron a nuestra Reina y a su esposo San José, no**



hicieron memoria los sagrados evangelistas, no sólo porque ellos los guardaron en su pecho, sin que la humilde Señora ni San José a nadie los manifestasen, pero también porque no fue necesario introducir estas maravillas en la vida de Cristo nuestro Señor que escribieron, para que con su fe se defendiese la nueva Iglesia y ley de gracia; antes pudiera ser poco conveniente para la gentilidad en su primera conversión. Y la admirable providencia con sus ocultos juicios, secretos inescrutables, reservó estas cosas para sacar de sus tesoros las que son nuevas y son antiguas (Mt 13, 52), en el tiempo más oportuno previsto con su divina sabiduría, cuando, fundada ya la Iglesia y asentada la fe católica, se hallasen los fieles necesitados de la intercesión, amparo y protección de su gran Reina y Señora. Y conociendo con nueva luz cuán amorosa madre y poderosa abogada tienen en los cielos con su Hijo santísimo, a quien el Padre tiene dada la potestad de juzgar (Jn 5, 22), acudiesen a ella por el remedio como a único refugio y sagrado de los pecadores. Si han llegado estos afligidos tiempos a la Iglesia, díganlo sus lágrimas y tribulaciones, pues nunca fueron mayores que cuando sus mismos hijos, criados a sus pechos, éstos la afligen, la destruyen y disipan los tesoros de la sangre de su Esposo, y esto con mayor crueldad que los más conjurados enemigos. Pues cuando clama la necesidad, cuando da voces la sangre de los hijos derramada y mucho mayores las de la sangre de nuestro pontífice Cristo conculcada y poluta con varios pretextos de justicia, ¿qué hacen los más fieles, los más católicos y constantes hijos de esta afligida Madre? ¿Cómo callan tanto? ¿Cómo no claman a María santísima? ¿Cómo no la invocan y no la obligan? ¿Qué mucho que el remedio tarde, si nos detenemos en buscarle y en conocer a esta Señora por Madre verdadera del mismo Dios? Confieso se encierran magníficos misterios en esta ciudad de Dios (Sal 86, 3) y con fe viva y confesión los predicamos. Son tantos, que su mayor

noticia queda reservada para después de la general resurrección y los santos los conocerán en el Altísimo. Pero en el ínterin atiendan los corazones píos y fieles a la dignación de esta su amantísima Reina y Señora en desplegar algunos de tantos y tan ocultos sacramentos por un vilísimo instrumento, que en su debilidad y encogimiento sólo pudiera alentarle el mandato y beneplácito de la Madre de piedad intimado repetidas veces.

*Doctrina de la divina Reina y Señora nuestra.*

414. Hija mía, con el deseo que te manifiesto de que compongas tu vida por el espejo de la mía, y mis obras sean el arancel inviolable de las tuyas, te declaro en esta Historia no sólo los sacramentos y misterios que escribes, pero otros muchos que no puedes declarar ni manifestar; porque todos han de quedar grabados en las tablas de tu corazón, y por eso renuevo en ti la memoria de la lección donde debes aprender la ciencia de la vida eterna, cumpliendo con el magisterio de maestra. Sé pronta en obedecer y ejecutar como obediente y solícita discípula, y sírvete ahora por ejemplo el humilde cuidado y desvelo de mi esposo San José, su sumisión y el aprecio que hizo de la divina luz y enseñanza, y cómo, por hallarle el corazón preparado y con buena disposición para cumplir con presteza la voluntad divina, le trocó y reformó todo con tanta plenitud de gracia, como le convenía para el ministerio a que el Altísimo le destinaba. Sea, pues, el conocimiento de tus culpas para humillarte con rendimiento, y no para que con pretexto de que eres indigna impidas al Señor en lo que de ti se quiere servir.

415. Pero en esta ocasión te quiero manifestar una justa queja y grave indignación del Altísimo con los mortales, para que la entiendas mejor con la divina luz a vista de la

**humildad y mansedumbre que yo tuve con mi esposo San José. Esta queja del Señor y mía es por la inhumana perversidad que tienen los hombres en tratarse los unos a los otros sin caridad y humildad; en que concurren tres pecados que desobligan mucho al Altísimo y a mí para usar de misericordia con ellos. El primero es que, conociendo los hombres cómo todos son hijos de un Padre que está en los cielos, hechuras de su mano, formados de una misma naturaleza, alimentados graciosamente, vivificados con su providencia y criados a una mesa de los divinos misterios y sacramentos, en especial con su mismo cuerpo y sangre; que todo esto lo olviden y pospongan, atravesándose un liviano y terreno interés, y como hombres sin razón se turban, se indignan y llenan de discordias, de rencillas, de traiciones y murmuraciones y tal vez de impías e inhumanas venganzas y mortales odios de unos con otros. Lo segundo es que, cuando por la humana fragilidad y poca mortificación, turbados por la tentación del demonio, caigan en alguna culpa de éstas, no procuren luego arrojarla y reconciliarse entre sí mismos, como hermanos que están a la vista del justo juez, y le nieguen de padre misericordioso, solicitándole juez severo y rígido de sus pecados, pues ninguno más que los del odio y venganza irritan su justicia. Lo tercero, que mucho le indigna, es que tal vez cuando alguno quiere reconciliarse con su hermano, no lo admita el que se juzga por ofendido y pide más satisfacción de la que él mismo sabe que satisface al Señor, y aun de la que se quiere valer con Su Majestad; pues todos quieren que contritos y humillados los reciba, admita y perdone el mismo Dios, que fue más ofendido, y ellos, que son polvo y ceniza, piden la venganza de su hermano y no se dan por satisfechos con aquello que se contenta el supremo Señor para perdonarlos.**

**416. De todos los pecados que cometen los hijos de la**

Iglesia, ninguno es más aborrecible que éstos en los ojos del Altísimo; y así lo conocerás en el mismo Dios y en la fuerza que puso en su divina ley, mandando perdonar al hermano, aunque peque contra él setecientas veces (Mt 18, 22); y aunque cada día sean muchas, como diga que le pesa de ello, manda el Señor que el hermano ofendido le perdone otras tantas veces sin número (Lc 17, 3-4). Y contra el que no lo hiciere pone tan formidables penas, porque escandaliza a los demás, como se colige de decir el mismo Dios aquella amenaza: ¡Ay del que escandalizare, y por quien el escándalo viene y sucede! Mejor le fuera caer en el profundo del mar con una pesada muela de molino al cuello (Lc 17, 1-2); que fue significar el peligro del remedio de estos pecados y su dificultad, como la tiene el que cayere en el mar con una rueda de molino al cuello, y también señala el castigo que tendrá en el profundo de las penas eternas; y por esto será sano consejo a los fieles que antes quieran sacarse los ojos (Lc 17, 1-2; Mt 18, 6) y cortarse las manos, pues así lo mandó mi Hijo santísimo, que escandalizar a los pequeños con estos pecados.

417. Oh hija mía carísima, ¡cuánto debes llorar con lágrimas de sangre la fealdad y los daños de este pecado! El que contrista al Espíritu Santo (Ef 4, 30), el que da soberbios triunfos al demonio, el que hace monstruos de las criaturas racionales y les borra la imagen de su Padre celestial. ¡Qué cosa más fea, más impropia y monstruosa que ver a un hombre de tierra, que sólo tiene corrupción y gusanos, levantarse contra otro como él con tanta soberbia y arrogancia! No hallarás palabras con que ponderar esta maldad, para persuadir a los mortales que la teman y se guarden de la ira del Señor. Pero tú, carísima, guarda tu corazón de este contagio y estampa y graba en él doctrina tan útil y provechosa para ejecutarla. Y nunca juzgues que en ofender a los prójimos y escandalizarlos hay culpa pequeña, porque todas

pesan mucho en la presencia de Dios. Enmudece y pon custodia (Sal 140,3) fuerte a todas tus potencias y sentidos para la observancia rigurosa de la caridad con las hechuras del Altísimo. Dame a mí este agrado, que te quiero perfectísima en tan excelente virtud y te la impongo como precepto riguroso mío, y que jamás pienses, hables ni obres cosa alguna en ofensa de tus prójimos, ni por algún título consentas que tus subditas lo hagan, si pudieres, ni otro alguno en tu presencia. Y pondera, carísima, lo que te pido, porque ésta es la ciencia más divina y menos entendida de los mortales. Sírvate de único y eficaz remedio para tus pasiones, y de ejemplo que te compela, mi humildad, mansedumbre, efecto del amor sencillo con que amaba no sólo a mi esposo, mas a todos los hijos de mi Señor y Padre celestial, que los estimé y miré como redimidos y comprados con tan alto precio. Con verdad y fidelidad, fineza y caridad, advierte a tus religiosas de que, aunque se ofende gravemente la divina Majestad de todos los que no cumplen este mandamiento que mi Hijo llamó suyo y nuevo (Jn 13, 34; 15, 12), sin comparación es mayor la indignación contra los religiosos, que habiendo de ser ellos los hijos perfectos, de su Padre y Maestro de esta virtud, hay muchos que la destruyen como los mundanos, y son éstos más odiosos que ellos.

## **CAPITULO 5**

*Determina san José servir en todo con reverencia a María santísima, y lo que Su Alteza hizo, y otras cosas del modo de proceder de entrambos.*

418. Quedó el fidelísimo esposo San José con tan alto y digno concepto de su esposa María santísima, después que le fue revelada su dignidad y el sacramento de la encarnación, que le mudó en nuevo hombre, aunque siempre había sido muy santo y perfecto; con que

determinó proceder con la divina Señora con nuevo estilo y reverencia, como diré adelante. Era esto conforme a la sabiduría del santo y debido a la excelencia de su esposa, pues él era siervo y ella Señora del cielo y tierra, y así lo conoció San José con divina luz. Y para satisfacer a su afecto y obligación, honrando y venerando a la que conocía por Madre del mismo Dios, cuando a solas hablaba o pasaba por delante de ella la hincaba la rodilla con grande reverencia, y no quería consentir que ella le sirviese, ni administrase, ni se ocupase en otros ministerios humildes, como eran limpiar la casa y los platos y otras cosas semejantes, porque todas quería hacerlas el felicísimo esposo, por no derogar a la dignidad de la Reina.

419. Pero la divina Señora, que entre los humildes fue humildísima y nadie la podía vencer en humildad, dispuso las cosas de manera que siempre quedase en sus manos la palma de todas las virtudes. Pidió a San José que no la diese aquella reverencia de hincar la rodilla en su presencia, porque aunque aquella veneración se le debía al Señor que traía en su vientre, pero que mientras estaba en él y no se manifestaba no se podía distinguir en aquella acción la persona de Cristo de la suya. Y por esta persuasión el Santo se ajustó al gusto de la Reina del cielo y sólo cuando ella no lo percibía daba aquel culto al Señor que tenía en sus entrañas, y a ella como a Madre suya respectivamente, según a cada uno se le debía. Sobre ejercitar las demás acciones y obras serviles, tuvieron humildes contiendas, porque San José no se podía vencer en consentir que la gran Reina y Señora las hiciese, y por esto procuraba anticiparse. Lo mismo hacía la divina esposa, ganándole por la mano en cuanto podía. Pero como en el tiempo que ella estaba recogida tenía lugar San José de prevenir muchas de estas obras serviles, le frustraba sus anhelos continuados de ser sierva y que como a tal le perteneciese obrar lo

poco y mucho doméstico de su casa. Herida de estos afectos acudió la divina Señora a Dios con humildes querellas y le pidió que con efecto obligase a su esposo para que no la impidiese el ejercitar como deseaba la humildad. Y como esta virtud es tan poderosa en el tribunal divino y tiene franca entrada (Eclo 35, 21), no hay súplica pequeña acompañada con ella, porque todas las hace grandes e inclina al ser inmutable de Dios a la clemencia. Oyó esta petición y dispuso que el santo ángel custodio del bendito esposo le hablase interiormente, y le dijese lo siguiente: No frustres los deseos humildes de la que es superior a todas las criaturas del cielo y tierra. En lo exterior da lugar a que te sirva y en lo interior guárdale suma reverencia, y en todo tiempo y lugar da culto al Verbo humanado, cuya voluntad es, con su divina Madre, venir a servir y no a ser servidos (Mt 20, 28), para enseñar al mundo la ciencia de la vida y la excelencia de la humildad. En algunas cosas de trabajo puedes aliviarla, y siempre en ella reverencia al Señor de todo lo criado.

420. Con esta instrucción y mandato del Altísimo, dio lugar San José a los ejercicios humildes de la divina Princesa, y entrambos tuvieron ocasión de ofrecer a Dios sacrificio acepto de su voluntad: María santísima, logrando siempre su profundísima humildad y obediencia a su esposo en todos los actos de estas virtudes, que con heroica perfección obraba sin omitir alguno que pudiese hacer; y San José, obedeciendo al Altísimo con prudente y santa confusión, que le ocasionaba verse administrado y servido de la que reconocía por Señora suya y de todo lo criado y Madre del mismo Dios y Criador. Y con este motivo recompensaba el prudente santo la humildad que no podía ejercitar en otros actos que remitía a su esposa, porque esto le humillaba más y le obligaba a abatirse en su estimación con mayor temor reverencial, y con él miraba a María santísima, y en ella

al Señor que portaba en su virginal tálamo, donde le adoraba, dándole magnificencia y gloria. Y algunas veces en premio de su santidad y reverencia, o para mayor motivo de todo, se le manifestaba el niño Dios humanado por admirable modo, y le miraba en el vientre de su Madre purísima como por un viril cristalino. Y la soberana Reina trataba y confería más familiarmente con el glorioso santo José los misterios de la encarnación, porque no se recelaba tanto de estas divinas pláticas después que el dichosísimo santo fue ilustrado e informado de los magníficos sacramentos de la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana en el virgíneo tálamo de su esposa.

421. Las conversaciones y pláticas celestiales que tenían María santísima y el bienaventurado San José, ninguna lengua humana es capaz de manifestarlas. Diré algo en los capítulos siguientes, como supiere. Pero ¿quién podrá declarar los efectos que hacía en el felicísimo y devoto corazón de este Santo, verse no sólo esposo de la que era Madre verdadera de su Criador, pero hallarse también servido de ella, como si fuera una humilde esclava, y considerándola en grado de santidad y dignidad sobre todos los supremos serafines y sola a Dios inferior? Y si la divina diestra enriqueció con bendiciones la casa y la persona de Obededón por haber hospedado algunos meses la figurativa arca del Antiguo Testamento (2 Sam 6, 11), ¿qué bendiciones daría a San José, de quien había hecho confianza del arca verdadera y del mismo Legislador que se encerraba en ella? Incomparable fue la dicha y fidelidad de este Santo. Y no sólo porque en su casa tenía el arca del Nuevo Testamento viva y verdadera, el altar, sacrificio y templo, que todo se le entregó, mas porque le tuvo dignamente como fiel siervo y prudente fue constituido por el mismo Señor sobre su familia, para que a todo acudiese en oportuno tiempo (Mt 24, 45), como



**dispensador fidelísimo. Todas las naciones y generaciones le conozcan y bendigan, le prediquen sus alabanzas, pues no hizo el Altísimo con ninguna otra (Sal 147, 20) lo que con San José. Yo, indigna y pobre gusanillo, en la luz de tan venerables sacramentos engrandezco y magnifico a este Señor Dios, confesándole por santo, justo, misericordioso, sabio y admirable en la disposición de todas sus grandes obras.**

**422. La humilde pero dichosa casa de San José estaba distribuida en tres aposentos, en que casi toda ella se resolvía, para la ordinaria habitación de los dos esposos; porque no tuvieron criado ni criada alguna. En un aposento dormía San José, en otro trabajaba y tenía los instrumentos de su oficio de carpintero, en el tercero asistía de ordinario y dormía la Reina de los cielos, y en él tenía para esto una tarima hecha por mano de San José; y este orden guardaron desde el principio que se desposaron y vinieron a su casa. Antes de saber el santo esposo la dignidad de su soberana esposa y Señora, iba muy raras veces a verla, porque mientras no salía de su retiro, acudía él a sus labores, si no era en algún negocio que era muy necesario consultarla. Pero después que fue informado de la causa de su felicidad, estaba el santo varón más cuidadoso y, por renovar su consuelo, acudía muy de ordinario al retrete de la soberana Señora, para visitarla y saber qué le mandaba. Pero llegaba siempre con extremada humildad y reverencial temor, y antes de hablarla reconocía con silencio la ocupación que tenía la divina Reina; y muchas veces la veía en éxtasis elevada de la tierra y llena de refulgentísima luz, otras acompañada de sus Santos Ángeles en divinos coloquios con ellos, otras la hallaba postrada en tierra en forma de cruz y hablando con el Señor. De todos estos favores fue participante el felicísimo esposo San José. Pero cuando la gran Señora estaba en esta disposición y ocupaciones, no se atrevía más que a mirarla con profunda reverencia, y**

merecía tal vez oír suavísima armonía de la música celestial que los Ángeles daban a su Reina y una fragancia admirable que le confortaba, y todo lo llenaba de júbilo y alegría espiritual.

**423.** Vivían solos en su casa los dos santos esposos, porque no tenían criado alguno, como he dicho (Cf. supra n. 422), no sólo por su profunda humildad, mas también fue conveniente, porque no hubiese testigos de tantas visibles maravillas como sucedían entre ellos, de que no debían participar los de fuera. Tampoco la Princesa del cielo salía de su casa, si no es con urgentísima causa del servicio de Dios y beneficio de los prójimos; porque si otra cosa era necesaria, acudía a traerla aquella dichosa mujer su vecina, que dije (Cf. supra n. 227) sirvió a San José mientras María santísima estuvo en casa de Zacarías; y de estos servicios recibió tan buen retorno, que no sólo ella fue santa y perfecta, pero toda su casa y familia fue bien afortunada con el amparo de la Reina y Señora del mundo, que cuidó mucho de esta mujer, y por estar vecina la acudió a curar en algunas enfermedades, y al fin a ella y a todos sus familiares los llenó de bendiciones del cielo.

**424.** Nunca San José vio dormir a la divina esposa, ni supo con experiencia si dormía, aunque se lo suplicaba el santo para que tomase algún alivio, y más en el tiempo de su sagrado preñado. El descanso de la Princesa era la tarima que dije arriba (Cf. supra n. 422), hecha por mano del mismo San José, y en ella tenía dos mantas entre las cuales se recogía para tomar algún breve y santo sueño. Su vestido interior era una túnica o camisa de tela como algodón, más suave que el paño común y ordinario. Y esta túnica jamás se la mudó después que salió del templo, ni se envejeció, ni manchó, ni la vio persona alguna, ni San José supo si la traía, porque sólo vio el vestido exterior que a todos los demás era manifiesto.

Este vestido era de color de ceniza, como he dicho (Cf. supra p. I n. 401), y sólo éste y las tocas mudaba alguna vez la gran Señora del cielo, no porque estuviere nada manchado, antes porque siendo visible a todos excusase la advertencia de verle siempre en un estado. Porque ninguna cosa de las que llevaba en su purísimo y virginal cuerpo, se manchó ni ensució, porque ni sudaba, ni tenía las pensiones que en esto padecen los cuerpos sujetos a pecado de los hijos de Adán, antes era en todo purísima, y las labores de sus manos eran con sumo aliño y limpieza, y con el mismo administraba la ropa y lo demás necesario a San José. La comida era parvísima y limitada, pero cada día, y con el mismo santo, **y nunca comió carne, aunque él la comiese y ella la aderezase.** Su sustento era fruta, pescado, y lo ordinario pan y yerbas cocidas, pero de todo tomaba en medida y peso, sólo aquello que pedía precisamente el alimento de la naturaleza y el calor natural, sin que sobrase cosa alguna que pasase a exceso y corrupción dañosa; y lo mismo era de la bebida, aunque de los actos fervorosos le redundaba algún ardor preternatural. Este orden de la comida, en la cantidad siempre le guardó respectivamente, aunque en la calidad, con los varios sucesos de su vida santísima, se mudó y varió, como diré adelante (Cf. infra n. 1038, 1109, etc.).

425. En todo fue María purísima de consumada perfección, sin que le faltase gracia alguna y todas con el lleno de consumada perfección en lo natural y sobrenatural. Sólo a mis palabras les falta para explicarlo, porque jamás me satisfacen, viendo cuan atrás quedan de lo que conozco; cuánto más de lo que en sí mismo contiene tan soberano objeto. Siempre me recelo de mi insuficiencia y me quejo de mis limitados términos y coartadas razones. Temo de que soy más atrevida de lo que debo, prosiguiendo lo que tanto excede a mis fuerzas, pero las de la obediencia me

**llevan no sé con qué fuerza suave, que compele mi encogimiento y violenta el retiro, que me motiva mirar a buena luz la grandeza de la obra y la pequeñez de mi discurso. Por la obediencia obro, y por ella me salen al encuentro tantos bienes; ella saldrá a disculparme.**

***Doctrina de la Reina del cielo María santísima.***

**426. Hija mía, en la escuela de la humildad te quiero estudiosa y diligente, como te enseñará todo el proceso de mi vida; y éste ha de ser el primero y el último de tus cuidados, si quieres prevenirte para los dulces abrazos del Señor y asegurar sus favores y gozar de los tesoros de la luz ocultos a los soberbios (Mt 11, 25), porque sin el fiador abonado de la humildad, a ninguna criatura se le pueden fiar tales riquezas. Todas tus competencias quiero que sean por humillarte más y más en tu reputación y estimación, y en las acciones exteriores sintiendo lo que obras, para que obres lo que sintieres de ti. Doctrina y confusión ha de ser para ti y para todas las almas, que tienen al Señor por Padre y Esposo, ver que pueda más la presunción y soberbia con los hijos de la sabiduría mundana, que no la humildad y conocimiento verdadero con los hijos de la luz. Advierte en el desvelo, en el estudio y solicitud infatigable de los hombres altivos y arrogantes. Mira sus competencias por valer en el mundo, sus pretensiones nunca satisfechas, aunque vanas, cómo obran conforme a lo que engañosamente de sí mismos presumen, cómo presumen lo que no son y con no serlo o por no serlo lo obran, para granjear los bienes que aunque terrenos no los merecen. Pues será confusión y afrenta para los escogidos, que pueda más con los hijos de perdición el engaño que en ellos la verdad, y que sean tan contados en el mundo los que quieren competir en el servicio de Dios y su Criador con los que sirven a la vanidad, que sean todos los llamados y pocos los escogidos (Mt 20, 16).**

**427. Procura, pues, hija mía, ganar esta ciencia, y en ella la palma a los hijos de las tinieblas; y en contraposición de su soberbia atiende a lo que yo hice para vencerla en el mundo con estudio de la humildad. En esto te queremos el Señor y yo muy sabia y capaz. Nunca pierdas ocasión de hacer las obras humildes, ni consientas que nadie te las estorbe, y si te faltaren ocasiones de humillarte o no las tuvieres tan frecuentes, búscalas y pídelas a Dios que te las dé, porque gusta Su Majestad de ver esta solicitud y competencia en lo que tanto desea. Y sólo por este beneplácito debías ser muy oficiosa y solícita, como hija de su casa, doméstica y esposa suya; que también para esto te enseñará la ambición humana a no ser negligente. Atiende lo que se afana una mujer en su casa y familia por acrecentar y adelantar su hacienda: no pierden ocasión en que lograrla, nada les parece mucho y si alguna cosa, por menuda que sea, se les pierde, el corazón se les va tras ella (Lc 15, 8). Todo esto enseña la codicia humana y no es razón que sea más estéril la sabiduría del cielo, por negligencia de quien la recibe. Y así quiero no se halle en ti descuido ni olvido en lo que tanto te importa, ni pierdas ocasión en que puedas humillarte y trabajar por la gloria de tu Señor; pero que las procures y solicites y todas como fidelísima hija y esposa las logres, para que halles gracia en los ojos del Señor y en los míos, como lo desees.**

## **CAPITULO 6**

*Algunas conferencias y pláticas de María santísima y José en cosas divinas, y otros sucesos admirables.*

**428. Antes que San José tuviera noticia del misterio de la encarnación, solía la Princesa del cielo leerle en algunos ratos oportunos las divinas Escrituras, en**

especial los Salmos y otros Profetas, y como sapientísima Maestra se las explicaba, y el santo esposo, que también era capaz de esta sabiduría, le preguntaba muchas cosas, admirándose y consolándose con las respuestas divinas que su esposa le daba; con que alternativamente bendecían y alababan al Señor. Pero después que el santo bendito fue ilustrado con la noticia de este gran sacramento, hablaba con él nuestra Reina como con quien era elegido para coadjutor de las obras admirables de nuestra reparación, y con mayor claridad y despliego conferían todas las profecías y divinos oráculos de la concepción del Verbo por Madre Virgen, de su nacimiento, educación y vida santísima. Y todo lo explicaba Su Alteza previniendo y confirmando lo que debían hacer cuando llegase el día tan deseado en que el niño naciese al mundo y ella le tuviese en sus brazos y alimentase con su virginal leche y el santo esposo participase de esta suma felicidad entre todos los mortales. Sólo de la muerte y pasión, y de lo que sobre esto escribieron Isaías y Jeremías, hablaba menos, porque no le pareció a la prudentísima Reina afligir a su esposo, que era de corazón blando y sencillo, con anticipar esta memoria, ni informarle más de lo que él podía saber por las conferencias que entre los antiguos pasaban sobre la venida del Mesías, y cómo había de ser. Y también quiso aguardar la prudentísima Virgen que el Señor lo manifestase a su siervo, o ella conociese su divina voluntad.

429. Pero con estas dulces pláticas y conferencias era todo inflamado el fidelísimo y dichoso esposo, y con lágrimas de júbilo decía a su divina esposa: ¿Es posible, Señora mía, que en vuestros brazos castísimos he de ver a mi Dios y Reparador? ¿Que le adoraré en ellos, le oiré y tocaré, y mis ojos verán su divino rostro, y será el sudor del mío tan bien afortunado que se ha de emplear en su servicio y sustento, que vivirá con nosotros y comeremos a

su mesa, le hablaremos y conversaremos? ¿De dónde a mí tan grande dicha que nadie la pudo merecer? ¡Oh, cómo me duele ser tan pobre! ¡Quién tuviera ricos palacios para recibirle y muchos tesoros que ofrecerle! Respondíale la soberana Reina: Señor y esposo mío, razón es que vuestro afecto cuidadoso se extienda a todo lo posible en obsequio de su Criador, pero no quiere este gran Dios y Señor nuestro venir al mundo por medio de las riquezas y majestad temporal y ostentosa, porque de ninguna de estas cosas necesita, ni por ellas bajara de los cielos a la tierra. Sólo viene a remediar al mundo y encaminar a los hombres por las sendas rectas de la vida eterna, y esto ha de ser por medio de la humildad y pobreza, y en ella quiere nacer, vivir y morir, para desterrar de los corazones mortales la pesada codicia y arrogancia que les impide su felicidad. Por esto escogió nuestra pobre y humilde casa, y no nos quiere ricos de los bienes aparentes, falaces y transitorios, que son vanidad de vanidades y aflicción de espíritu (Ecl 1, 1.15), oprimen, oscurecen el entendimiento para conocer y penetrar la luz.

430. Otras veces la pedía el Santo a la purísima Señora que le enseñase la condición y ser de las virtudes, en especial del amor de Dios, para saber cómo había de proceder con el Altísimo humanado y para no ser reprobado por siervo inútil e incapaz de servirle. Con estas peticiones condescendía la Reina y Maestra de las virtudes y se las declaraba a su esposo y el modo de obrar en ellas con toda plenitud de perfección. Pero en todos estos documentos procedía con tan rara discreción y humildad, que no pareciese maestra, aunque lo era, ni de su mismo esposo, antes lo disponía en orden de conferencias, o hablando con el Señor, y otras veces preguntando ella a San José e informándole con las mismas preguntas; y en todo dejaba siempre en salvo su profundísima humildad, sin que se hallara ni un ademán

en contrario en la prudentísima Señora. Estas pláticas algunas veces, y otras la lección de las Escrituras santas, mezclaban con el trabajo corporal, cuando era forzoso acudir a él. Y aunque pudiera aliviar a San José la compasión de la amabilísima Señora, que con rara discreción se la mostraba de verle trabajado y cansado, pero a este alivio añadía la doctrina celestial, con cuya atención el santo dichoso trabajaba más con las virtudes que con las manos. Y la mansísima paloma, con prudencia de Virgen sapientísima, le asistía con este divino alimento, declarándole el fruto dichosísimo de los trabajos. Y como en su estimación se juzgaba indigna de que su esposo la sustentase con ellos, con esta consideración estaba siempre humillada, como deudora de aquel sudor de San José y recibéndolo como una gran limosna y liberal favor. Todas estas razones la obligaban, como si fuera la criatura más inútil de la tierra. Y aunque no podía ayudar al santo esposo en el trabajo de su oficio, porque no era para las fuerzas de mujeres, y mucho menos para la modestia y compostura de la divina Reina, pero con todo eso, en lo que se ajustaba con ella le servía como una humilde criada, ni era posible que su discreta humildad y agradecimiento que a San José tenía sufriese menor correspondencia de su pecho nobilísimo.

431. Entre otras cosas visibles milagrosas que fueron manifiestas a San José con las pláticas de María santísima, sucedió un día por estos tiempos de su preñado que vinieron muchas aves de diferente género a festejar a la Reina y Señora de las criaturas, y rodeándola como quien le hacía un coro, le cantaron con admirable armonía, como solían otras veces; y siempre eran cánticos milagrosos, como el venir a visitar a la divina Señora. Nunca San José había visto hasta aquel día esta maravilla, y lleno de admiración y júbilo dijo a su soberana esposa: ¿Es posible, Señora mía, que han de cumplir las avecillas simples y las criaturas sin razón con



**sus obligaciones mejor que yo? Razón será que si ellas os reconocen, sirven y reverencian en lo que pueden, me deis lugar a mí para que yo cumpla con lo que debo de justicia.—Respondióle la prudentísima Virgen: Señor mío, en lo que hacen estasavecillas del cielo nos ofrece su Autor un eficaz motivo para que nosotros, que le conocemos, hagamos digno empleo de todas nuestras fuerzas y potencias en su alabanza, como ellas le vienen a reconocer en mi vientre; pero yo soy criatura, y por eso no se me debe a mí la veneración, ni es razón yo la admita, pero debe procurar que todos alaben al Muy Alto, porque miró a su sierva (Lc 1, 48) y me enriqueció con los tesoros de su divinidad.**

**432. Sucedió también no pocas veces que la divina Señora y su esposo San José se hallaban pobres y destituidos del socorro necesario para la vida, porque con los pobres eran liberalísimos de lo que tenían, y nunca eran solícitos (Mt 6, 25), como los hijos de este siglo, en prevenir la comida y el vestido con las diligencias anticipadas de la desconfiada codicia; y el Señor disponía para que la fe y la paciencia de su Madre santísima y de San José no estuviesen ociosas, y porque estas necesidades eran para la divina Señora de incomparable consuelo, no sólo por el amor de la pobreza, sino también por su prodigiosa humildad, con que se juzgaba por indigna del sustento necesario para vivir y le parecía justísimo que sola a ella le faltase, como a quien no lo merecía; y con esta confesión bendecía al Señor en su pobreza, y sólo para su esposo San José, que le reputaba por digno, como santo y justo, pedía al Altísimo le diese en la necesidad el socorro que de su mano esperaba. No se olvidaba el Todopoderoso de sus pobres hasta el fin (Sal 73, 19), porque dando lugar al merecimiento y ejercicio, daba también el alimento en el tiempo más oportuno (Sal 144, 15). Y esto disponía su providencia divina por varios modos. Algunas veces**

movía el corazón de sus vecinos y conocidos de María santísima y el glorioso San José, para que los acudiesen con alguna dádiva graciosa o debida. Otras, y más de ordinario, los socorría Santa Isabel desde su casa; porque después que estuvo en ella la Reina del cielo quedó la devotísima matrona con este cuidado de acudirles a tiempos con algunos beneficios y dones, a que la correspondía siempre la humilde Princesa con alguna obra o labor de sus manos. Y en ocasiones oportunas se valía también, para mayor gloria del Altísimo, de la potestad que como Señora de las criaturas tenía sobre ellas, y mandaba a las aves del aire que le trajesen peces del mar o frutas del campo, y lo ejecutaban al punto, y tal vez le traían algún pan en los picos, de donde el Señor lo disponía. Y muchas veces era testigo de todo esto el santo y dichoso esposo.

433. Por ministerio de los Santos Ángeles eran socorridos también en algunas ocasiones por admirable modo. Y para referir uno de los muchos milagros que con ellos sucedieron a María santísima y San José, se ha de suponer que la grandeza del ánimo y la fe y liberalidad del Santo eran tan grandes, que nunca pudo entrar en su afecto, ni además de codicia, ni solicitud alguna. Y aunque trabajaba de sus manos, y también la divina esposa, jamás pedían precio por la obra, ni decían: esto vale o me habéis de dar; porque hacían las obras no por interés, sino por obediencia o caridad de quien las pedía y dejaban en su mano que les diese algún retorno, recibéndolo no tanto por precio y paga como por limosna graciosa. Esta era la santidad y perfección que deprendía San José en la escuela del cielo que tenía en su casa. Y por esta orden tal vez, porque no les recompensaban su trabajo, venían a estar necesitados y faltarles la comida a su tiempo, hasta que el Señor la proveía. Un día sucedió que pasada la hora ordinaria se hallaron sin tener cosa alguna que comer; y para dar

gracias al Señor por este trabajo y esperar que abriese su poderosa mano (Sal 73, 16), se estuvieron en oración hasta muy tarde, y en el ínterin los Santos Ángeles les previnieron la comida y les pusieron la mesa, y en ella algunas frutas y pan blanquísimo y peces, y sobre todo un género de guisado o conserva de admirable suavidad y virtud. Y luego fueron algunos de los Ángeles a llamar a su Reina, y otros a San José su esposo. Salieron de sus retiros, y reconociendo el beneficio del cielo, con lágrimas y fervor dieron gracias al Muy Alto, y comieron; y después hicieron grandiosos cánticos de alabanza.

434. Otros muchos sucesos semejantes a éstos les pasaban muy de ordinario a María santísima y a su esposo; que como estaban solos, sin testigos de quien ocultar estas maravillas, no las recateaba el Señor con ellos, que eran los dispenseros de la mayor de las maravillas de su brazo poderoso. Sólo advierto que cuando digo cómo hacía la divina Señora cánticos de alabanza o por sí sola o junto con San José y los Ángeles, siempre se entienda eran cánticos nuevos; como el que hizo Ana, la madre de Samuel (1 Sam 2, 1ss), y el de Moisés (Dt 32, 1ss; Ex 15, 1ss), Exequias (Is 38, 10ss) y otros Profetas, cuando recibían algún beneficio grande de la mano del Señor. Y si hubieran quedado escritos los que hizo y compuso la Reina del cielo, se pudiera hacer un grande volumen y de incomparable admiración para el mundo.

*Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.*

435. Hija mía muy amada, quiero que muchas veces sea renovada en ti la ciencia del Señor y que tenga ciencia de voz (Sab 1, 7) en ti, para que conozcas y conozcan los mortales el peligroso engaño y perverso juicio que hacen, como amadores de la mentira (Sal 4, 3), en las cosas temporales y visibles. ¿Quién hay de los hombres

que no esté comprendido en la fascinación de la desmedida codicia (Sab 4, 12)? Todos comúnmente ponen su confianza en el oro y en los bienes temporales, y para acrecentarlos emplean todo el cuidado en las fuerzas humanas; con que en este afán ocupan la vida y tiempo que les fue dado para merecer la felicidad y descanso eterno. Y de tal manera se entregan a este penoso laberinto y desvelo, como si no conocieran a Dios ni su Providencia, porque no se acuerdan de pedirle lo que desean, ni tampoco lo apetecen de manera que lo pidan y lo esperen de su mano. Y así lo pierden todo, porque lo fían de la solicitud de la mentira y del engaño, en que libran el efecto de sus deseos terrenos. Esta ciega codicia es raíz de todos los males (1 Tim 6, 10), porque en castigo suyo, indignado el Señor de tanta perversidad, deja a los mortales que se entreguen a tan fea y servil esclavitud y se endurezcan las voluntades. Y luego por mayor castigo aparta el Altísimo de ellos su vista, como de objetos aborrecibles, y les niega su paternal protección, que es la última desdicha en la vida humana.

436. Y aunque es verdad que de los ojos del Señor nadie se puede esconder (Sal 138, 7ss), pero cuando los prevaricadores y enemigos de su ley le desobligan, de tal manera aleja de ellos su amorosa vista y atención de su providencia, que vienen a quedar en manos de su propio deseo (Sal 80, 13) y no consiguen ni alcanzan los efectos del paternal cuidado que tiene el Señor de aquellos que ponen toda su confianza en Él. Los que la ponen en su propia solicitud y en el oro que tocan y sienten, cogen el efecto de aquello que esperaban. Pero lo que dista el ser divino y su poder infinito de la vileza y limitación de los mortales, tanto distan los efectos de la humana codicia de los de la providencia del Altísimo, que se constituye por amparo y protección de los humildes que fían en Él; porque a éstos mira Su Majestad con amor y caricia, regalase con ellos, pónelos en su pecho y atiende a todos

**sus deseos y cuidados. Pobres éramos mi santo esposo José y yo, y padecimos a tiempos grandes necesidades, pero ninguna fue poderosa para que en nuestro corazón entrase el contagio de la avaricia ni codicia. Sólo cuidábamos de la gloria del Altísimo, dejándonos a su fidelísimo y amoroso cuidado; y de esto se obligó tanto, como has entendido y escrito, pues por tan diversos modos remediaba nuestra pobreza, hasta mandar a los espíritus angélicos que le asisten nos proveyesen y preparasen la comida.**

**437. No quiero decir en esto que los mortales se dejen con ociosidad y negligencia, antes es justo que trabajen todos, y en no hacerlo hay también su vicio muy reprehensible. Pero ni el ocio ni el cuidado han de ser desordenados, ni la criatura ha de poner su confianza en su propia solicitud, ni ésta ha de ahogar ni impedir el amor divino, ni ha de querer más de lo que basta para pasar la vida con templanza, ni se ha de persuadir que para conseguirlo le faltará la Providencia de su Criador, ni cuando le pareciere a la criatura que tarde se ha de afligir ni desconfiar. Ni tampoco el que tiene abundancia ha de esperar en ella (Eclo 31, 8), ni entregarse al ocio para olvidarse que es hombre sujeto a la pena del trabajar. Y así la abundancia como la pobreza se han de atribuir a Dios, para usar de ellas santa y ordenadamente en gloria del Criador y gobernador de todo. Si los hombres se gobernasen con esta ciencia, a nadie faltaría la asistencia del Señor, como de Padre verdadero, y no fuera de escándalo al pobre la necesidad, ni al rico la prosperidad. De ti, hija mía, quiero la ejecución de esta doctrina; y aunque en ti la doy a todos, especialmente la has de enseñar a tus súbditas, para que no se turben ni desconfíen por las necesidades que padecieren, ni sean desordenadamente solícitas de la comida y vestido (Mt 6, 25), sino que confíen del Muy Alto y se dejen a su Providencia; porque si ellas le corresponden en el amor,**

yo las aseguro que jamás les faltará lo que hubieren menester. También las amonesta a que siempre sean sus conversaciones (1 Pe 1, 15) y pláticas en cosas divinas y santas y en alabanza y gloria del Señor, según la doctrina de sus maestros y Escrituras y santos libros, para que su conversación sea en los cielos (Flp 3, 20) con el Altísimo, y conmigo que soy su madre y prelada, y con los espíritus angélicos, para que sean como ellos en el amor.

## CAPITULO 7

*Previene María santísima las mantillas y fajos para el niño Dios con ardentísimo deseo de verle ya nacido de su vientre.*

438. Estaba ya muy adelante el divino preñado de la Madre del eterno Verbo María santísima, y para obrar en todo con plenitud de celestial prudencia, aunque sabía que era preciso prevenir mantillas y lo demás necesario para el deseado parto, nada quiso disponer sin la voluntad y orden del Señor y de su santo esposo, para cumplir en todo con las condiciones de sierva obediente y fidelísima. Aunque en aquello que era oficio sólo de madre, y madre sola de su Hijo santísimo, en quien ninguna criatura tenía parte, podía obrar por sí sola, no lo hizo, sino que habló a su santo esposo José, y le dijo: Señor mío, ya es tiempo de prevenir las cosas necesarias para el nacimiento de mi Hijo santísimo. Y aunque Su Majestad infinita quiere ser tratado como los hijos de los hombres, humillándose a padecer sus penalidades, pero de nuestra parte es razón que en su servicio y obsequio, en el cuidado de su niñez y asistencia mostremos que le reconocemos por nuestro Dios y verdadero Rey y Señor. Si me dais licencia, comenzaré a disponer los fajos y mantillas para recibirle y criarle. Yo tengo una tela, hilada de mi mano que servirá ahora para los primeros paños de lino, y vos, señor, buscaréis otra de lana que

sea suave, blanda y de color humilde para las mantillas; que para más adelante yo le haré una túnica inconsútil y tejida, que será a propósito. Y para que acertemos en todo, hagamos especial oración, pidiendo a Su Alteza nos gobierne, encamine y nos manifieste su voluntad divina, de manera que procedamos con su mayor agrado.

**439.** Esposa y Señora mía —respondió San José—, si con la misma sangre del corazón fuera posible servir a mi Señor y Dios y hacer lo que mandáis, yo me tuviera por satisfecho y por dichoso de derramarla con atrocísimos tormentos, y en falta de esto quisiera tener grandes riquezas y brocados con que serviros en esta ocasión. Disponed lo que fuere conveniente, que en todo quiero obedeceros como vuestro siervo.—Hicieron oración, y a cada uno singularmente respondió el Altísimo con una misma voz, renovando la ciencia y noticia que antes había tenido la soberana Señora muchas veces; porque de nuevo dijo Su Majestad a ella y a su esposo San José: Yo he venido del cielo a la tierra, para levantar la humildad y humillar la soberbia, para honrar la pobreza y despreciar las riquezas, a deshacer la vanidad y fundar la verdad y a hacer aprecio digno de los trabajos. Y por esto es mi voluntad, que en la humanidad que he recibido me tratéis en lo exterior como si fuera hijo de entrambos, y en el interior me reconoceréis por Hijo de mi eterno Padre y verdadero Dios, con la veneración y amor que como a hombre y Dios se me debe.

**440.** Confirmados María santísima y San José con esta voz divina en la sabiduría con que habían de proceder en la crianza del niño Dios, confirieron el más alto y perfecto estilo de reverenciarle como a su verdadero Dios infinito que se ha visto en puras criaturas y tratarle juntamente en los ojos del mundo como si fuera hijo de entrambos, pues así lo pensarían los hombres y lo quería el mismo Señor. Y este acuerdo y mandato cumplieron con tanta

plenitud, que fue admiración del cielo; y adelante diré más en esto (Cf. infra n. 506, 508, 536, 545, etc.). Determinaron asimismo, que en la esfera y estado de su pobreza era razón hacer en obsequio del niño Dios cuanto fuese posible, sin exceder ni faltar para que el sacramento del Rey estuviese oculto con el velo de la humilde pobreza y el encendido amor que tenían no quedase frustrado en lo que podían ejecutarle. Luego San José, en recambio de algunas obras de sus manos, buscó dos telas de lana, como la divina esposa había dicho: una blanca y otra de color más morado que pardo, entrambas las mayores que pudo hallar, y de ellas cortó la divina Reina las primeras mantillas para su Hijo santísimo; y de la tela que ella había hilado y tejido cortó las camisillas y sabanillas en que empañarle. Era esta tela muy delicada, como de tales manos, y la comenzó desde el día en que entró en su casa con San José, con intento de llevarla a ofrecer al templo. Y aunque este deseo se conmutó tan mejorado, con todo eso, de la que sobró, hechas las alhajitas del niño Dios, cumplió la ofrenda en el templo santo de Jerusalén. Todos estos aliños y ropa necesaria para el divino parto los hizo la gran Señora por sus manos y los cosió y aderezó estando siempre de rodillas y con lágrimas de incomparable devoción. Previno San José flores y yerbas, las que pudo hallar, y otras cosas aromáticas de que la diligente Madre hizo agua olorosa más que de Ángeles, y rociando los fajos consagrados para la hostia y sacrificio (Ef 5, 2) que esperaba, los dobló y aliñó y puso en una caja, en que después los llevó consigo a Belén, como diré adelante (Cf. infra n. 452).

441. Todas estas obras de la princesa del cielo María santísima se han de entender y pesar no desnudas y sin alma, como yo las refiero, sino vestidas de hermosura, llenas de santidad y magnificencia (Sal 95, 6) y en mayor colmo y plenitud de perfección que el humano juicio puede investigar. Porque todas las obras de la sabiduría



divina las trataba magníficamente (2 Mac 2, 9) y como Madre de la misma sabiduría y Reina de las virtudes, ofrecía el sacrificio de la nueva dedicación y templo de Dios vivo en la humanidad santísima de su Hijo, que había de nacer al mundo. Conocía la soberana Señora más que todo el resto de las criaturas la incomprendible alteza del misterio de humanarse Dios y bajar al mundo, y no incrédula, sino admirada, con encendido amor y veneración repetía muchas veces lo que Salomón fabricando el templo (2 Par 6, 18): ¿Cómo será posible que habite Dios con los hombres en la tierra? Si todo el cielo y los cielos de los cielos son estrechos para recibirlos, ¿cuánto lo será esta habitación de la humanidad que se ha fabricado en mis entrañas?—Pero si aquél templo, que sirvió tan solamente para oír Dios las oraciones que se ofrecían en él, se fabricó y dedicó con tan espléndido aparato de oro, plata, tesoros y sacrificios (3 Re 6, 1ss), ¿qué haría la Madre del verdadero Salomón en la fábrica y dedicación del templo vivo donde habitaba corporalmente la plenitud y verdadera divinidad (Col 2, 9) del mismo Dios eterno e incomparable? Todo lo que en sombras contenían aquellos sacrificios y tesoros sin número que para el templo figurativo se ofrecían, lo cumplió María santísima, no con prevenciones de oro y plata ni brocados, que en este tiempo no buscaba Dios estas ofrendas, pero con las virtudes heroicas y con las riquezas de la gracia y dones del Altísimo, con que hacía cánticos de *alabanza*. Ofrecía holocaustos de su ardentísimo corazón, discurría por todas las Escrituras sagradas, y los himnos, salmos y cánticos los aplicaba y reducía a este misterio, añadiendo mucho más. Las figuras antiguas las obraba verdadera y místicamente con ejercicio de las virtudes y actos interiores y exteriores. Convidaba y llamaba a todas las criaturas para que alabasen y diesen honor, alabanza y gloria a su Criador y le esperasen para ser santificadas con su venida al mundo. Y en muchas de

**estas obras la acompañaba su felicísimo y dichoso esposo San José.**

**442. Los altísimos merecimientos que acumulaba la Princesa del cielo con estos actos y ejercicios, y el agrado y complacencia que en ellos recibía el Señor, no basta lengua ni entendimiento humano criado para manifestarlo. Y si el menor grado de gracia que recibe cualquiera criatura con un acto de virtud que ejercite, vale más que todo el universo y natural, ¿qué aumentos de gracia alcanzaría la que no sólo excedió a los antiguos sacrificios, ofrendas y holocaustos y a todos los merecimientos humanos, pero a los de los supremos serafines, excediéndoles mucho? Y llegaban a tal extremo los afectos amorosos de la divina Señora, esperando a su Hijo y Dios verdadero, para recibirle en sus brazos, criarle a sus pechos, alimentarle de su mano, tratarle y servirle, adorándole hecho hombre de su misma carne y sangre, que en este incendio dulcísimo de amor se hubiera exhalado y resuelto, si con milagrosa asistencia del mismo Dios no fuera preservada de la muerte y confortada y corroborada su vida. Y muchas veces la perdiera, si muchas no la conservara su Hijo santísimo, porque de ordinario le miraba en su virginal vientre, y con claridad divina veía su humanidad unida a la divinidad y todos los actos interiores de aquella santísima alma y el modo y postura del cuerpo y las oraciones que hacía por ella, por San José y por todo el linaje humano, y singularmente por los predestinados. Todos estos y otros misterios conocía, y en la imitación y alabanza se inflamaba toda, como quien tenía encerrado en su pecho el fuego abrasador que ilumina y no consume (Ex 3, 2).**

**443. Entre tantos incendios de la divina llama decía algunas veces hablando con su Hijo santísimo: Amor mío dulcísimo, Criador del universo, ¿cuándo gozarán mis ojos**

de la luz de vuestro divino rostro? ¿Cuándo se consagrarán mis brazos en el altar de la hostia que aguarda vuestro eterno Padre? ¿Cuándo besando como sierva, donde hollaren vuestras plantas, llegaré como madre al ósculo deseado de mi alma (Cant 1, 1), para que participe con vuestro divino aliento de vuestro mismo Espíritu? ¿Cuándo la luz inaccesible, que sois vos, Dios verdadero de Dios verdadero y lumbre de la lumbre (Credo Niceno-Constantinopolitano), se manifestará a los mortales, después de tantos siglos que os han tenido oculto a nuestra vista? ¿Cuándo los hijos de Adán, cautivos por sus culpas, conocerán su Redentor, verán su salud, hallarán entre sí mismos a su Maestro, su Hermano y Padre verdadero? ¡Oh vida mía, luz de mi alma, virtud mía, querido mío, por quien vivo muriendo! Hijo de mis entrañas, ¿cómo hará oficio de madre la que no lo sabe hacer de esclava ni merece tal título? ¿Cómo os trataré yo dignamente, que soy un gusanillo vil y pobre? ¿Cómo os serviré y administraré, siendo vos la misma santidad y bondad infinita, yo polvo y ceniza? ¿Cómo osaré hablar en vuestra presencia ni estar ante vuestro divino acatamiento? Vos, dueña de todo mi ser, que me escogisteis, siendo pequeña, entre las demás hijas de Adán, gobernad mis acciones, encaminad mis deseos, inflamad mis afectos, para que en todo acierte a daros gusto y agrado. ¿Y qué haré yo, bien mío, si de mis entrañas salís al mundo a padecer afrentas y morir por el linaje humano, si no muero con Vos y os acompaño al sacrificio, siendo mi ser y mi vida? Quite la mía la causa y motivo que ha de quitar la vuestra, pues tan unidas están. Menos bastará que Vuestra muerte, para redimir el mundo y millares de mundos; muera yo por vos y padezca vuestras ignominias, y vos con Vuestro amor y luz santificad al mundo y alumbrad las tinieblas de los mortales. Y si no es posible revocar el decreto del eterno Padre, para que sea la redención copiosa (Sal 129, 7) y quede satisfecha vuestra excesiva caridad, recibid mis afectos, y tenga yo

parte en todos los trabajos de vuestra vida, pues sois mi Hijo y Señor.

444. La variedad de estos y otros efectos dulcísimos hacían hermosísima a la Reina de los cielos en los ojos del Príncipe (Est 2, 9) de las eternidades que tenía en el tálamo de su virginal vientre. Y todos se solían mover conforme a las acciones de aquella humanidad santísima deificada, porque las miraba la digna Madre para imitarlas. Y tal vez el niño Dios en aquella sagrada caverna se ponía de rodillas para orar al Padre, otras en forma de cruz, como ensayándose para ella. Y desde allí, como desde el supremo trono de los cielos lo hace ahora, miraba y conocía con la ciencia de su alma santísima todo lo que ahora conoce, sin que se le escondiese criatura alguna presente, pasada, ni futura, con todos sus pensamientos y movimientos, y a todos atendía como Maestro y Redentor. Y como todos estos misterios eran manifiestos a su divina Madre y para corresponder a esta ciencia estaba llena de gracias y dones celestiales, obraba en todo con tan alta plenitud y santidad, que no hay palabras para que la humana capacidad pueda explicarlo. Pero si nuestro juicio no está pervertido y nuestro corazón no es de piedra, insensible y duro, no será posible que a la vista y al toque de tan eficaces como admirables obras no se halle herido de dolor amoroso y rendido agradecimiento.

*Doctrina que me dio la Reina santísima María.*

445. De este capítulo quiero, hija mía, **quedes advertida de la decencia con que se han de tratar todas las cosas consagradas y dedicadas al divino culto; y asimismo quede reprendida la irreverencia con que los mismos ministros del Señor le ofenden en este descuido.** Y no deben despreciar ni olvidar el enojo que tiene Su Majestad contra ellos, por la grosera descortesía e

ingratitude con que tratan los ornamentos y cosas sagradas, que de ordinario tienen entre las manos sin atención ni respeto alguno. Y mucho mayor es la indignación del Altísimo con los que tienen frutos y estipendios de su sangre preciosísima y los gastan y consumen en vanidades y torpezas o cosas profanas y menos decentes. Buscan para sus regalos y comodidades lo más precioso y estimable, y para el culto y honra del Altísimo aplican lo más grosero, despreciado y vil. Y cuando esto sucede, en especial en los lienzos que tocan al cuerpo y sangre de mi Hijo santísimo, como son los corporales y purificadores, quiero que entiendas cómo los santos ángeles, que asisten al eminente y altísimo sacrificio de la misa, están como corridos y desvían la vista de semejantes ministros y se admiran de que tenga el Todopoderoso tan largo sufrimiento con ellos y que disimule su osadía y desacato. Y aunque no todos le cometen en esto, pero son muchos; y pocos los que se señalan en demostración y cuidado del culto divino y tratan en lo exterior las cosas sagradas con más respeto; pero éstos son los menos, y aun entre ellos no todos lo hacen con intención recta y por la reverencia debida, sino por vanidad y otros fines terrenos; de manera que vienen a ser muy raros los que puramente y con ánimo sencillo adoran al Criador en espíritu y verdad (Jn 4, 24).

446. Considera, carísima, qué podremos sentir los que estamos a la vista del ser incomprensible del Altísimo y conocemos que su bondad inmensa crió a los hombres para que le adorasen y diesen reverencia y culto, y para eso les dejó esta ley en la misma naturaleza y les entregó todo el resto de las criaturas graciosamente; y luego miramos la ingratitude con que ellos corresponden a su Criador inmenso, pues las mismas cosas que reciben de su liberal mano se las regatean para honrarle, y para esto eligen lo más vil y desechado (Mal 1, 8), y para sus vanidades lo más precioso y estimable. Esta culpa es

poco advertida y conocida, y así quiero que tú no sólo la llores con verdadero dolor, pero que la recompenses en lo que fuere posible, mientras fueres Prelada. Da lo mejor al Señor y advierte a tus religiosas que con sencillo y devoto corazón se ocupen en el aliño y limpieza de las cosas sagradas; y no sólo en las de su convento, pero trabajando por hacer lo mismo para las iglesias pobres que tienen falta de corporales y otras alhajas de ornamentos. Y tengan segura confianza que les pagará el Señor este santo celo de su sagrado culto y remediará su pobreza y acudirá como Padre a las necesidades del convento, que nunca por esto vendrá a mayor pobreza. Este es el oficio más propio y legítimo de las esposas de Cristo y en él debían ejercitarse el tiempo que les sobra después del coro y otras obligaciones de la obediencia. Y si todas las religiosas tomaran de intento estas ocupaciones tan honestas, loables y agradables a Dios, nada les faltara para la vida, y en la tierra formarían un estado angélico y celestial. Y porque no quieren atender a este obsequio del Señor, se convierten muchas, dejadas de su mano, a tan peligrosas liviandades y distracciones, que por abominables a mis ojos no quiero que las escribas ni las pienses, salvo para llorarlas con lo íntimo del corazón y pedir a Dios el remedio de los pecados que tanto le irritan, ofenden y desagradan.

447. Mas porque mi voluntad con especiales razones se inclina a mirar amorosamente a las monjas de tu convento, quiero que en mi nombre y de mi parte las amonestes y compelas con amorosa fuerza, para que siempre vivan retiradas y muertas al mundo, con inviolable olvido de todo lo que hay en él, y que entre sí mismas sea su trato en el cielo (Flp 3, 20) y en cosas divinas, y que sobre toda estimación conserven la paz y caridad intacta que tantas veces les amonestas. Y si en esto me obedecieren, yo les ofrezco mi protección eterna y me constituyo por su Madre, amparo y defensa, como lo

soy tuya, y les ofrezco asimismo mi continua y eficaz intercesión con mi Hijo santísimo si no me desobligaren. Y para todo esto las persuadirás siempre a mi especial devoción y amor y que le escriban en su corazón; que con esta fidelidad de su parte alcanzarán todo lo que tú desees, y más que yo haré con ellas. Y para que con alegría se ocupen prontas en las cosas del culto divino y tomen por su cuenta todo lo que a esto pertenece, acuérdales lo que yo hacía para servicio de mi Hijo santísimo y del templo. Y quiero que entiendas que los Santos Ángeles se admiraban del celo, cuidado, atención y limpieza con que trataba todas las cosas que habían de servir a mi Hijo y Señor. Y esta solicitud amorosa y reverente previno en mí todo lo que era necesario para su crianza, sin que jamás me faltase, como algunos han pensado, con qué cubrirle y servirle, como entenderás en toda esta Historia, porque no cabía en mi prudencia y amor ser negligente o inadvertida en esto.

## CAPITULO 8

*Publícase el edicto del emperador César Augusto de empadronar todo el imperio, y lo que hizo San José cuando lo supo.*

448. Determinado estaba por la voluntad inmutable del Altísimo que el Unigénito del Padre naciera en la ciudad de Belén; y en virtud de este divino decreto lo profetizaron mucho antes de cumplirse los santos y profetas antiguos, porque la determinación de la voluntad del Señor absoluta siempre es infalible, y faltarán los cielos y la tierra antes que deje de cumplirse (Mt 24, 35), pues nadie puede resistir a ella (Est 13, 9). La ejecución de este decreto inmutable dispuso el Señor por medio de un edicto que publicó el emperador César Augusto en el imperio romano, para que —como refiere san Lucas (Lc 2, 1)— se escribiese o numerase todo el

orbe. Extendíase entonces el imperio romano a la mayor parte de lo que se conocía del orbe, y por eso se llamaban señores de todo el mundo, no haciendo cuenta de lo demás. Y esta descripción era para confesarse todos por vasallos del emperador y tributarle cierto censo, como a señor natural en lo temporal; y para este reconocimiento acudía cada uno a escribirse en el registro común de su propia ciudad (Lc 2, 3). Llegó este edicto a Nazaret, y a noticia de San José, y volviendo a su casa, porque lo había oído fuera de ella, afligido y contristado, refirió a su divina esposa lo que pasaba con la novedad del edicto. La prudentísima Virgen respondió: No os ponga en ese cuidado, señor mío y esposo, el edicto del emperador terreno, que todos nuestros sucesos están por cuenta del Señor y Rey del cielo y tierra, y su providencia nos asistirá y gobernará en cualquiera caso. Dejémonos en su confianza, que no seremos defraudados.

449. Estaba María santísima capaz de todos los misterios de su Hijo santísimo y sabía ya las profecías y el cumplimiento de ellas y que el Unigénito del Padre y suyo había de nacer en Belén como peregrino y pobre. Pero nada de todo esto manifestó a San José, porque sin orden del Señor no declaraba su secreto. Y lo que no se le mandaba decir, todo lo callaba con admirable prudencia, no obstante el deseo de consolar a su fidelísimo y santo esposo José, porque se quería dejar a su gobierno y obediencia y no proceder como prudente y sabia consigo misma (Prov 3, 7) contra el consejo del Sabio. Trataron luego de lo que debían hacer, porque ya se acercaba el parto de la divina Señora, estando su preñado tan adelante, y San José la dijo: Reina del cielo y tierra y Señora mía, si no tenéis orden del Altísimo para otra cosa, paréceme forzoso que yo vaya a cumplir con este edicto del emperador. Y aunque bastaría ir solo porque a las cabezas de las familias les compete esta legacía, no me atreveré a dejaros sin asistir a vuestro servicio, ni yo



tampoco viviré sin vuestra presencia, ni tendré un punto de sosiego estando ausente; no es posible que mi corazón se aquiete sin veros. Y para que vayáis conmigo a nuestra ciudad de Belén, donde nos toca esta profesión de la obediencia del emperador, veo que vuestro divino parto está muy cerca, y así por esto como por mi gran pobreza temo ponerlos en tan evidente riesgo. Si os sucediese el parto en el camino con descomodidad y no poderla reparar, sería para mí de incomparable desconsuelo. Este cuidado me aflige. Suplícoos, Señora mía, lo presentéis delante el Altísimo y le pidáis oiga mis deseos de no apartarme de vuestra compañía.

450. Obedeció la humilde esposa a lo que ordenaba San José, y, aunque no ignoraba la voluntad divina, tampoco quiso omitir esta acción de pura obediencia, como súbdita obsecuentísima. Presentó el Señor la voluntad y deseos de su fidelísimo esposo, y respondióla Su Majestad: Amiga y paloma mía, obedece a mi siervo José en lo que te ha propuesto y desea. Acompáñale en la jornada. Yo seré contigo y te asistiré con mi paternal amor y protección en los trabajos y tribulaciones que por mí padecerás y, aunque serán muy grandes, te sacaré gloriosa de todas mi brazo poderoso. Tus pasos serán hermosos en mis ojos (Cant 7, 1), no temas y camina, porque ésta es mi voluntad.— Luego mandó el Señor, a vista de la divina Madre, a los Ángeles santos de su guarda, con nueva intimación y precepto que la sirviesen en aquella jornada con especial asistencia y advertido cuidado, según los magníficos y misteriosos sucesos que se le ofrecerían en toda ella. Y sobre los mil ángeles que de ordinario la guardaban, mandó el mismo Señor a otros nueve mil más que asistiesen a su Reina y Señora, y la sirviesen de suerte que la acompañasen todos diez mil juntos, desde el día que comenzase la jornada. Así lo cumplieron todos, como fidelísimos siervos y ministros del Señor, y la sirvieron, como adelante diré (Cf. infla n. 456-

461, 470, 589, 619, 622, 631, 634, etc.). Y la gran Reina fue renovada y preparada con nueva luz divina, en que conoció nuevos misterios de los trabajos que se le ofrecerían nacido el niño Dios, con la persecución de Herodes y otros cuidados y tribulaciones que sobrevendrían. Y para todo ofreció su invicto corazón preparado (Sal 107, 2) y no turbado, y dio gracias al Señor por todo lo que en ella obraba y disponía.

451. Volvió la gran Reina del cielo con la respuesta a San José y le declaró la voluntad del Altísimo de que le obedeciese y acompañase en su jornada a Belén. Con que el santo esposo quedó lleno de nuevo júbilo y consuelo, y reconociendo este gran favor de la mano del Señor, le dio gracias con profundos actos de humildad y reverencia, y hablando a su divina esposa, la dijo: Señora mía, y causa de mi alegría, de mi felicidad y dicha, sólo me resta dolerme en este viaje de los trabajos que en él habéis de padecer, por no tener caudal para vencerlos y llevaros con la comodidad que yo quisiera preveniros para la peregrinación. Pero deudos y conocidos y amigos hallaremos en Belén de nuestra familia, que yo espero nos recibirán con caridad, y allí descansaréis de la molestia del camino, si lo dispone el Altísimo, como yo vuestro siervo lo deseo.—Era verdad que el santo esposo José lo prevenía así con su afecto, mas el Señor tenía dispuesto lo que él entonces ignoraba; y porque se le frustraron sus deseos sintió después mayor amargura y dolor, como se verá. No declaró María santísima a San José lo que en el Señor tenía previsto del misterio de su divino parto, aunque sabía no sucedería lo que él pensaba, pero antes bien animándole, le dijo: Esposo y señor mío, yo voy con mucho gusto en vuestra compañía y haremos la jornada como pobres en el nombre del Altísimo, pues no desprecia Su Alteza la misma pobreza, que viene a buscar con tanto amor. Y supuesto será su protección y amparo con nosotros en la

necesidad y en el trabajo, pongamos en ella nuestra confianza. Y vos, señor mío, poned por su cuenta todos vuestros cuidados.

**452.** Determinaron luego el día de su partida, y el santo esposo con diligencia salió por Nazaret a buscar alguna bestezuela en que llevar a la Señora del mundo; y no fácilmente pudo hallarla, por la mucha gente que salía a diferentes ciudades a cumplir con el mismo edicto del emperador. Pero después de muchas diligencias y penoso cuidado halló San José un jumentillo humilde, que si pudiéramos llamarle dichoso, lo había sido entre todos los animales irracionales, pues no sólo llevó a la Reina de todo lo criado, y en ella al Rey y Señor de los reyes y señores, pero después se halló en el nacimiento del niño (Is 1, 3) y dio a su Criador el obsequio que los hombres le negaron, como adelante se dirá (Cf. infra n. 485). Previnieron lo necesario para el viaje, que fue jornada de cinco días; y era la recámara de los divinos caminantes con el mismo aparato que llevaron en la primera peregrinación que hicieron a casa de San Zacarías, como arriba se dijo, libro ni, capítulo 15, número 196, porque sólo llevaban pan y fruta y algunos peces, que era el ordinario manjar y regalo de que usaban. Y como la prudentísima Virgen tenía luz de que tardaría mucho tiempo en volver a su casa, no sólo llevó consigo las mantillas y fajos prevenidos para su divino parto, pero dispuso las cosas con disimulación, de manera que todas estuviesen al intento de los fines del Señor y sucesos que esperaba; y dejaron encargada su casa a quien cuidase de ella mientras volvían.

**453.** Llegó el día y hora de partir para Belén, y como el fidelísimo y dichoso San José trataba ya con nueva y suma reverencia a su soberana esposa, andaba como vigilante y cuidadoso siervo inquiriendo y procurando en qué darla gusto y servirla, y la pidió con grande afecto le

advirtiese de todo lo que deseaba y que él ignorase para su agrado, descanso y alivio, y dar beneplácito al Señor que llevaba en su virginal vientre. Agradeció la humilde Reina estos afectos santos de su esposo, y remitiéndolos a la gloria y obsequio de su Hijo santísimo, le consoló y animó para el trabajo del camino, con asegurarle de nuevo el agrado que tenía Su Majestad de todos sus cuidados, y que recibiesen con igualdad y alegría del corazón las penalidades que como pobres se les seguirían en la jornada. Y para darle principio se hincó de rodillas la Emperatriz de las alturas y pidió a San José le diese su bendición. Y aunque el varón de Dios se encogió mucho y dificultó el hacerlo por la dignidad de su esposa, pero ella venció en humildad y le obligó a que se la diese. Hízolo San José con gran temor y reverencia, y luego con abundantes lágrimas se postró en tierra y la pidió le ofreciese de nuevo a su Hijo santísimo y le alcanzase perdón y su divina gracia. Con esta preparación partieron de Nazaret a Belén, en medio del invierno, que hacía el viaje más penoso y desacomodado. Pero la Madre de la vida, que la llevaba en su vientre, sólo atendía a sus divinos efectos y recíprocos coloquios, mirándole siempre en su tálamo virginal, imitándole en sus obras y dándole mayor agrado y gloria que todo el resto de las criaturas juntas.

*Doctrina que me dio la Reina santísima María.*

454. Hija mía, todo el discurso de mi vida y en cada uno de los capítulos y misterios que vas escribiendo conocerás la divina y admirable providencia del Altísimo y su paternal amor para conmigo, su humilde sierva. Y aunque la capacidad humana no puede dignamente penetrar y ponderar estas obras admirables y de tan alta sabiduría, pero debe venerarlas con todas sus fuerzas y disponerse para mi imitación y para la participación de los favores que el Señor me hizo. Porque no han de

imaginar los mortales que sólo en mí y para mí se quiso mostrar Dios santo, poderoso y bueno infinitamente; y es cierto que si alguna y todas las almas se entregasen del todo a la disposición y gobierno de este Señor, conocieran luego con experiencia aquella misma fidelidad, puntualidad y suavísima eficacia con que disponía Su Majestad conmigo todas las cosas que tocaban a su gloria y servicio y también gustaran aquellos dulcísimos efectos y movimientos divinos que yo sentía con el rendimiento que tenía a su santísima voluntad, y no menos recibieran respectivamente la abundancia de sus dones, que como en un piélago infinito están casi represados en su divinidad. Y de la manera que si al peso de las aguas del mar se les diese algún conducto por donde según su inclinación hallasen despedida, correrían con invencible ímpetu, así procederían la gracia y beneficios del Señor sobre las criaturas racionales si ellas diesen lugar y no impidiesen su corriente. Esta ciencia ignoran los mortales, porque no se detienen a pensar y considerar las obras del Altísimo.

455. De ti quiero que la estudies y escribas en tu pecho, y que asimismo aprendas de mis obras el secreto que debes guardar de tu interior y lo que en él tienes, y la pronta obediencia y rendimiento a todos, anteponiendo siempre el parecer ajeno a tu dictamen propio. Pero esto ha de ser de manera que para obedecer a tus superiores y padre espiritual has de cerrar los ojos, aunque conozcas que en alguna cosa que te mandan ha de suceder lo contrario, como sabía yo que no sería lo que mi santo esposo José esperaba sucedería en la jornada de Belén. Y si esto te mandase otro inferior o igual, calla y disimula y ejecuta todo lo que no fuere culpa o imperfección. Oye a todos con silencio y advertencia para que aprendas. En hablar serás muy tarda y detenida, que esto es ser prudente y advertida. También te acuerdo de nuevo, que para todo lo que hicieres pidas

al Señor te dé su bendición, para que no te apartes de su divino beneplácito. Y si tuvieres oportunidad, pide también licencia y bendición a tu padre espiritual y maestro, porque no te falte el gran merecimiento y perfección de estas obras, y me des a mí el agrado que de ti deseo.

## CAPITULO 9

*La jornada que María santísima hizo de Nazaret a Belén en compañía del santo esposo José, y los Ángeles que la asistían.*

456. Partieron de Nazaret para Belén María purísima y el glorioso San José, a los ojos del mundo tan solos como pobres y humildes peregrinos, sin que nadie de los mortales los reputase ni estimase más de lo que con él tienen granjeado la humildad y pobreza. Pero, ¡oh admirables sacramentos del Altísimo, ocultos a los soberbios e inescrutables para la prudencia carnal! No caminaban solos, pobres ni despreciados, sino prósperos, abundantes y magníficos: eran el objeto más digno del eterno Padre y de su amor inmenso y lo más estimable de sus ojos, llevaban consigo el tesoro del cielo y de la misma divinidad, venerábanlos toda la corte de los ciudadanos celestiales y reconocían las criaturas insensibles la viva y verdadera arca del Testamento, mejor que las aguas del Jordán a su figura y sombra cuando corteses se dividieron para hacerle franco el paso a ella y a los que la seguían (Jos 3, 16). Acompañáronlos los diez mil Ángeles que arriba dije, núm. 450; fueron señalados por el mismo Dios para que sirviesen a Su Majestad y a su santísima Madre en toda esta jornada; y estos escuadrones celestiales iban en forma humana visible para la divina Señora, más refulgentes cada uno que otros tantos soles, haciéndola escolta, y ella iba en medio de todos más guarnecida y defendida que el lecho

de Salomón con los sesenta valentísimos de Israel (Cant 3, 7) que ceñidas las espadas le rodeaban. Fuera de estos diez mil Ángeles asistían otros muchos que bajaban y subían a los cielos, enviados del Padre eterno a su Unigénito humanado y a su Madre santísima, y de ellos volvían con las legacías que eran enviados y despachados.

457. Con este real aparato oculto a los mortales caminaban María santísima y San José, seguros de que a sus pies no les ofendería la piedra (Sal 90, 12) de la tribulación, porque mandó a sus Ángeles el Señor que los llevasen en las manos de su defensa y custodia. Y este mandato cumplían los ministros fidelísimos, sirviendo como vasallos a su gran Reina, con admiración de alabanza y gozo, viendo recopilados en una pura criatura tantos sacramentos juntos, tales perfecciones, grandezas y tesoros de la divinidad, y todo con la dignidad y decencia que aun a su misma capacidad angélica excedía. Hacían nuevos cánticos al Señor, contemplándole sumo Rey de gloria descansando en su reclinatorio de oro (Cant 3, 10), y a la divina Madre, ya como carroza incorruptible y viva, ya como espiga fértil de la tierra prometida (Lev 23, 10) que encerraba el grano vivo, ya como nave rica del mercader (Prov 31, 14), que le llevaba a que naciera en la "casa del pan" (Belén), para que muriendo en la tierra (Jn 12, 24) fuese multiplicado en el cielo. Duróles cinco días la jornada; que por el preñado de la Madre Virgen, ordenó su Esposo llevarla muy despacio. Y nunca la soberana Reina conoció noche en este viaje; porque, algunos días que caminaban parte de ella, despedían los Ángeles tan grande resplandor como todas las iluminarías del cielo juntas cuando al mediodía tienen su mayor fuerza en la más clara serenidad. Y de este beneficio y de la vista de los Ángeles gozaba San José en aquellas horas de las noches; y entonces se formaba un coro celestial de todos

**juntos, en que la gran Señora y su esposo alternaban con los soberanos espíritus admirables cánticos e himnos de alabanza, con que los campos se convertían en nuevos cielos. Y de la vista y resplandor de sus ministros y vasallos gozó la Reina en todo el viaje, y de dulcísimos coloquios interiores que tenía con ellos.**

**458. Con estos admirables favores y regalos mezclaba el Señor algunas penalidades y molestias que se ofrecían a su divina Madre en el viaje. Porque el concurso de la gente en las posadas, por los muchos que caminaban con la ocasión del imperial edicto, era muy penoso e incómodo para el recato y modestia de la purísima Madre y Virgen y para su esposo, porque como pobres y encogidos eran menos admitidos que otros y les alcanzaba más descomodidad que a los muy ricos; que el mundo, gobernado por lo sensible, de ordinario distribuye sus favores al revés y con acepción de personas. Oían nuestros santos peregrinos repetidas palabras ásperas en las posadas a donde llegaban fatigados, y en algunas los despedían como a gente inútil y despreciable, y muchas veces admitían a la Señora de cielo y tierra en un rincón de un portal, y otras aun no le alcanzaba; y se retiraban ella y su esposo a otros lugares más humildes y menos decentes en la estimación del mundo; pero en cualquiera lugar, por contentible que fuese, estaba la corte de los ciudadanos del cielo con su Rey supremo y Reina soberana, y luego todos la rodeaban y encerraban como un impenetrable muro, con que el tálamo de Salomón estaba seguro y defendido de los temores nocturnos Cant 3, 8). Y su fidelísimo esposo San José, viendo a la Señora de los cielos tan guarnecida de sus ejércitos divinos, descansaba y dormía, porque ella también cuidaba de esto, para que se aliviase algo del trabajo del camino. Y ella se quedaba en coloquios celestiales con los diez mil ángeles que la asistían.**



**459. Aunque Salomón en los Cantares comprendió grandes misterios de la Reina del cielo por diversas metáforas y similitudes, pero en el capítulo 3 habló más expresamente de lo que sucedió a la divina Madre en el preñado de su Hijo santísimo y en esta jornada que hizo para su sagrado parto; porque entonces fue cuando se cumplió a la letra todo lo que allí se dice del lecho de Salomón, de su carroza y reclinatorio de oro, de la guarda que le puso de los fortísimos de Israel que gozan de la visión divina y todo lo demás que contiene aquella profecía, cuya inteligencia basta haberla apuntado en lo que se ha dicho para convertir toda mi admiración al sacramento de la sabiduría infinita en estas obras tan venerables para la criatura. ¿Quién habrá de los mortales tan duro que no se ablande su corazón, o tan soberbio que no se confunda, o tan inadvertido que no se admire de ver una maravilla compuesta de tan varios y contrarios extremos? ¡Dios infinito y verdaderamente oculto y escondido en el tálamo virginal de una doncella tierna llena de hermosura y gracia, inocente, pura, suave, dulce, amable a los ojos de Dios y de los hombres, sobre todo cuanto el mismo Señor ha criado y criará jamás! ¡Esta gran Señora, con el tesoro de la divinidad, despreciada, afligida, desestimada y arrojada de la ciega ignorancia y soberbia mundana! Y por otra parte, en los lugares más contentibles, iamada y estimada de la beatísima Trinidad, regalada de sus caricias, servida de sus Ángeles, reverenciada, defendida y amparada de su grande y vigilante custodia! ¡Oh hijos de los hombres, tardos y duros de corazón (Sal 4, 3), qué engañosos son vuestros pesos y juicio, como dice Santo Rey David (Sal 61, 10)), que estimáis a los ricos, despreciáis a los pobres, levantáis a los soberbios y abatís a los humildes, arrojáis a los justos y aplaudís a los vanos! Ciego es vuestro dictamen, y errada vuestra elección, con que os halláis frustrados en vuestros mismos deseos. Ambiciosos que buscáis riquezas y tesoros y os halláis pobres y**

**abrazados con el aire, si recibierais al Arca verdadera de Dios, recibierais y consiguierais muchas bendiciones de la diestra divina, como Obededón (2 Sam 6, 11), pero porque la despreciasteis, os sucedió a muchos lo que a Oza (2 Sam 6, 7), que quedasteis castigados.**

**460. Conocía y miraba la divina Señora entre todo esto la variedad de almas que había en todos los que iban y venían y penetraba sus pensamientos más ocultos y el estado que cada una tenía, en gracia o en pecado, y los grados que en estos diferentes extremos tenían; y de muchas almas conocía si eran predestinadas (al Cielo) o réprobas [precitas – Dios quiere que todos se salven y da gracia suficiente para salvación a todos. Los que se condenen, se condenen por su propia culpa ya que no hay predestinación al infierno], si habían de perseverar o caer o levantarse; y toda esta variedad le daba motivos de ejercitar heroicos actos de virtudes con unos y por otros; porque para muchos alcanzaba la perseverancia, para otros eficaz auxilio con que se levantasen del pecado a la gracia, por otros lloraba y clamaba al Señor con íntimos afectos, y por los réprobos, aunque no pidiese tan eficazmente, sentía intensísimo dolor de su final perdición. Y fatigada muchas veces con estas penas, más sin comparación que con el trabajo del camino, sentía algún desfallecimiento en el cuerpo, y los santos Ángeles, llenos de refulgente luz y hermosura, la reclinaban en sus brazos, para que en ellos descansase y recibiese algún alivio. A los enfermos, afligidos y necesitados consolaba por el camino, sólo con orar por ellos y pedir a su Hijo santísimo el remedio de sus trabajos y necesidades; porque en esta jornada, por la multitud y concurso de la gente, se retiraba a solas sin hablar, atendiendo mucho a su divino preñado, que ya se manifestaba a todos. Este era el retorno que la Madre de misericordia daba a los mortales por el mal hospedaje que de ellos recibía.**

**461.** Y para mayor confusión de la ingratitud humana, sucedió alguna vez que, como era invierno, llegaban a las posadas con grandes fríos de las nieves y lluvias —que no quiso el Señor les faltase esta penalidad— y era necesario retirarse a los mismos lugares viles donde estaban los animales, porque no les daban otro mejor los hombres; y la cortesía y humanidad que les faltaba a ellos, tenían las bestias, retirándose y respetando a su Hacedor y a su Madre, que le tenía en su virginal vientre. Bien pudiera la Señora de las criaturas mandar a los vientos, a la escarcha y a la nieve que no la ofendieran, pero no lo hacía por no privarse de la imitación de Cristo su Hijo santísimo en padecer, aun antes que él saliese de su virgíneo vientre, y así la fatigaron algo estas inclemencias en el camino. Pero el cuidadoso y fiel esposo San José atendía mucho a abrigoarla, y más lo hacían los espíritus angélicos, en especial el príncipe San Miguel, que siempre asistió al lado diestro de su Reina, sin desampararla un punto en este viaje, y repetidas veces la servía, llevándola del brazo cuando se hallaba algo cansada. Y cuando era voluntad del Señor la defendía de los temporales inclementes y hacía otros muchos oficios en obsequio de la divina Señora y del bendito fruto de su vientre, Jesús.

**462.** Con la variedad alternada de estas maravillas llegaron nuestros peregrinos, María santísima y San José, a la ciudad de Belén el quinto día de su jornada a las cuatro de la tarde, sábado, que en aquel tiempo del solsticio hiemal ya a la hora dicha se despide el sol y se acerca la noche. Entraron en la ciudad buscando alguna casa de posada, y discurriendo muchas calles, no sólo por posadas y mesones, pero por las casas de los conocidos y de su familia más cercanos, de ninguno fueron admitidos y de muchos despedidos con desgracia y con desprecios. Seguía la honestísima Reina a su esposo, llamando él de casa en casa y de puerta en puerta, entre el tumulto de

la mucha gente. Y aunque no ignoraba que los corazones y las casas de los hombres estarían cerrados para ellos, con todo eso por obedecer a San José quiso padecer aquel trabajo y honestísimo pudor o vergüenza que para su recato, y en el estado y edad que se hallaba, fue de mayor pena que faltarles la posada. Discurriendo por la ciudad llegaron a la casa donde estaba el registro y padrón público, y por no volver a ella se escribieron, y pagaron el fisco y la moneda del tributo real, con que salieron ya de este cuidado. Prosiguieron su diligencia y fueron a otras posadas, y habiéndola buscado en más de cincuenta casas, de todas fueron arrojados y despedidos; admirándose los espíritus soberanos de los altísimos misterios del Señor, de la paciencia y mansedumbre de su Madre Virgen y de la insensible dureza de los hombres. Con esta admiración bendecían al Altísimo en sus obras y ocultos sacramentos, porque desde aquel día quiso acreditar y levantar a tanta gloria la humildad y pobreza despreciada de los mortales.

**>>sigue parte 9>>**